

CENIT

sociología
ciencia - literatura



Plácido Bravo : Hoja por hoja.

Fontaura : Pedanterías, soberbia, sencillez y dignidad.

Angel Samblancat : La mística española.

J. Ruiz : Ideas sobre educación.

Dr J. Alvarez-Sierra : El mayor triunfo del doctor Ferrán.

A. E. Taylor : Sócrates.

Alfonso Reyes : De cómo Grecia construyó al hombre.

V. Muñoz : De mi sabiduría.

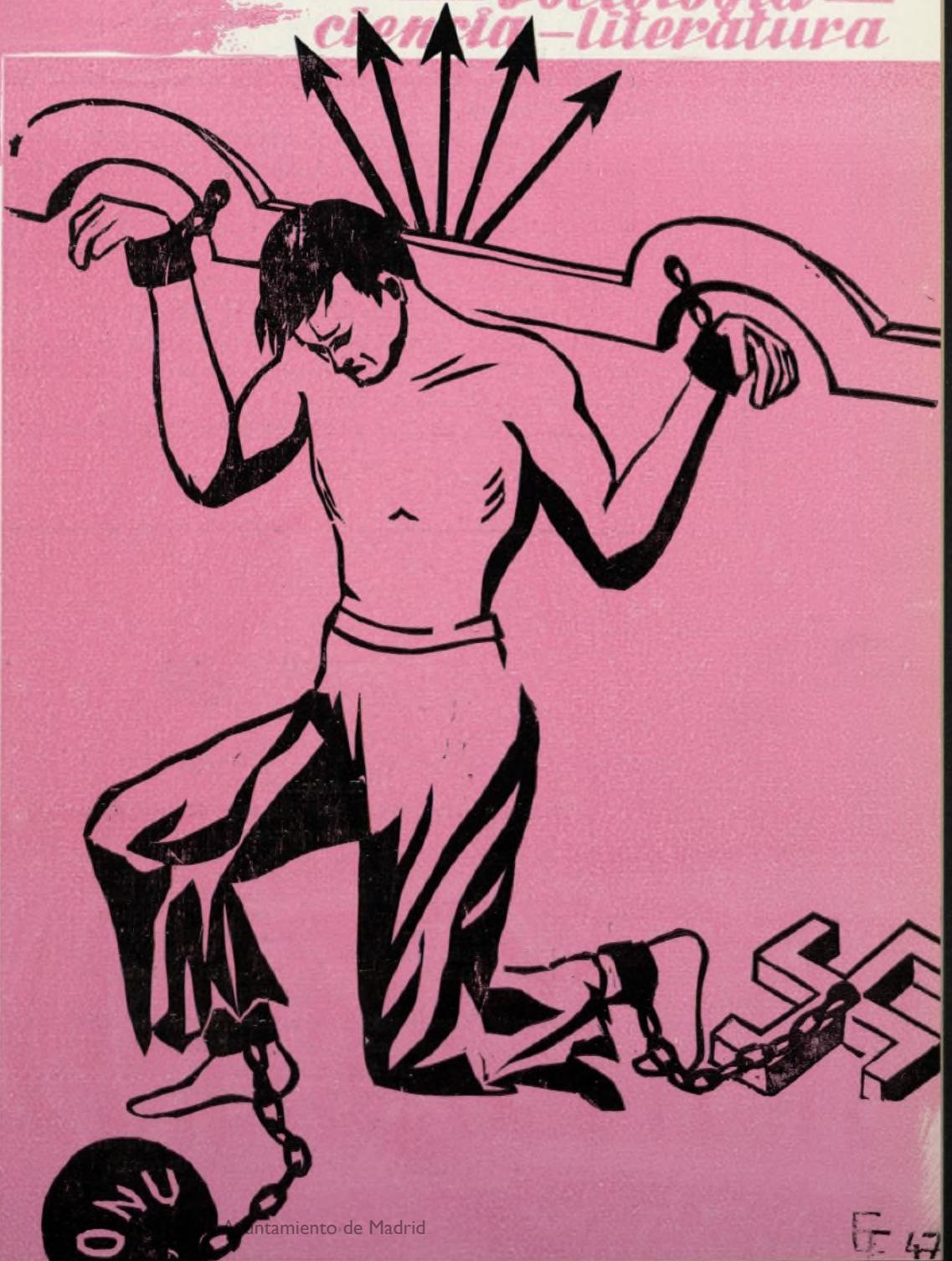
Soledad Gustavo: Paracelso.

Puyol : La luz apagada.

Denis : El bufón.

Joaquín Calvo-Sotelo : Fin del proceso Eichmann.

Victor García : El pensamiento anarquista (folleón).



135

MARZO - 1962

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 1,00 NF

Montamiento de Madrid

E 47

Nuestra portada

Vientos fascistas soplan por el mundo. La amenaza que ayer pesó sobre el pueblo español pesa hoy sobre otros pueblos. Se creyó en ciertos medios obreros que aquello, el crimen que se cometía el año 36 con España, era, en parte, merecido, pues más de uno pensaba y piensa que el español es un pueblo iracundo, moroso, malhumorado, y este defecto le hacía acreedor de aquel castigo.

Y el digno pueblo español continúa subyugado por la tiranía que le oprime y asesina desde hace un cuarto de siglo. Este mismo yugo está amenazando ya a otros pueblos. Nunca el incumplimiento del deber termina en dicha para nadie. Hoy yo —decía el español— mañana todos. Y, eso, parece que se realizará si no hay más comprensión, más decisión y más virilidad.

¡Pueblos de todas las latitudes! El yugo que pesa sobre las espaldas de este español es una mercancía que no conoce fronteras. Hasta ahora ha sido español, mañana puede ser francés, belga, inglés... Puede ser universal.

¡Trabajador, no más sufrir, es hora de que despiertes!

CENIT

REVISTA MENSUAL
DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Redacción:

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma

Colaboradores:

José Peirats, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán Desiré, Doctor Juan Lazarte, Renée Lamberet, A. Prudhommeaux

Precios de suscripción. — Francia: Trimestre, 3 NF.

Semestre, 6 NF. Año, 12 NF.

Número suelto, 1 NF.

Paqueteros, 10 % de descuento

Exterior: Semestre, 7 NF. Año, 13 NF.

Giros : « CNT », hebdomadaire. C.C.P. 1197-21,
4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute Garonne)

CEÉNIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año XII

Toulouse, Marzo 1962

Nº 135

HOJA POR HOJA

CUESTA arriba, rumbo hacia el levante marino, anduvo cosa de tres leguas nuestro fugitivo adolescente. El camino torrente sediento, era áspero; formado por las erosiones de tremendos aguaceros, sus asperezas no podían limarlas los pies del andariego, ni los cascos de sus bestias. Piedras desenterradas de su milenario aposento rodaban solas por la agudizada pendiente, y en el talud, las raíces desencarnadas de los frenos, retorcidas, semejaban sierpes.

Sudoroso, jadeante, llegó alrellano de la serranía. Por allí pasaba la carretera polvorienta. Sentóse en el jalón rojiblanco de donde se divisaba panorama espléndido, contemplado por él tantas veces. Del poniente, un crepúsculo rojo-amaranto parecía incendiar el paisaje agreste. Las moles septentrionales, cual frivolas modistillas en verbena, parecían lucir festoneados mantones de Manila. Al mediodía, la exuberante, feraz ribera, extendía sus galas verdes; y el canal fecundo aparecía como una línea de fuego, custodiado por dos hileras de álamos altos y esbeltos. Una franja vaporosa, gris de perla, cubría el horizonte levantino. Cesó el bochorno sofocante, y una brisa fresca, perfumada a su paso por pinedas, soplaba mecido hojas y hierbas.

Es de este jalón que nuestro nihilista en agraz, futuro positivista en hierba, despidióse de su repudiada aldea. Con un suspiro inefable, confuso, no sé si más triste que alegre.

Anduvo altas horas de la noche, cruzando aquí yuntas de regreso, allá rebaños hacia las improvisadas parideras, en cualquier lugar apropiadas durante estas noches veraniegas.

Llegado a un prado recién segado, muerto de fatigas y emociones, tentado por el sueño, tiró su petate al suelo. Unas bra-



zadas de forraje, de oloroso heno, sirvióle de camaastro al quebrantado mancebo. Y mecido por el sussurro de los grillos, velado por miradas de estrellas, confundió sus agitados misteriosos sueños, con el misterio de aquella noche serena.

Los horizontales rayos solares, el trote de una recua de yeguas, sacáronle de sus ensueños. El rocío habíale rociado de perlas, dulces y frescas, sus calenturientas sienas. En vano, meditabundo, buscó las llaves de tales fantasías cuando estaba despierto. Perdidas en las regiones subcons-

por Plácido BRAVO

cientes, cobijo de insatisfechos deseos, aun la aguja en el pajar era de más fácil encuentro.

Desalterándose en el límpido arroyo, yantando sobre las ramas de engalanados cerezos, aprisa, poco menos que corriendo, alcanzó el desértico apeadero. Poco después, los pies arrastras, cayado en mano, vestido de recia pana y calzado de alpargatas, apareció en la cita improvisa un venerable viejo. La cabeza cubierta por un usado y descolorido chambergo, avanzó el anciano hasta el banco del apeadero. El zagal mirábale entre curioso y sorprendido, en tanto el viejo saludábale e inquiría sobre su destino y procedencia.

Al mentar la aldea el muchacho, sorprendido y sonriente, dijo, interrumpiendo, el viejo:

— ¿Y no reconoces a Diógenes, el solo superviviente de los Falceres?

Atónito, suspenso, dando luego muestras de súbito contento, sin lograr articular vocablo, lanzóse el zagal en brazos del viejo aldeano errante, su vecino y aún lejano pariente.

Luego, intimamente, sentados sobre la yerba de la cuneta, contóle el rapaz su huida, sus cuetas, sus deseos y desasosiegos, reclamando con vehemencia velada rumbos y consejos.

Y los ojos turbados por el tenaz recuerdo, así irrumpió el viejo:

— ¡Qué paralelismos! ¿Sabes que en dar tal paso no fuistes tú el primero?... Sesenta años ya que yo emprendía semejante vuelo. Mas, ¡de qué serviría el minucioso recuento histórico de lo que han sido quebrantos y triunfos sinsabores y trofeos de mi vida, pletórica de ellos!

Antes que rescoldo fui llama; que fruto, flor. Hoy, cuando mi linterna temo se apague en breve, voy a regalarte unos conceptos resumidos. Síntesis de mis desvelos y compendio de mis sueños.

«Aprende que los dioses sólo revelan algo a los que nada entienden».

«Que los hombres sólo saben aquello que enseñando — y sobre todo sufriendo — aprenden».

«Que no hay caminos de Damasco en la vida, que valgan. Calvarios, montes calvos, sí hay. Y es deambulando por estos caminos y viacrucis que adquieren, los hombres, figura y temple».

«Que de la Arcadia soñada a la Sodoma aborrecida, o viceversa, suele haber gran trecho, que si pronto lo mien muchos, muy pocos andan el tal trayecto. Y es por estas sendas y caminos que hallaréis al hombre. Sólo los perdidos en tales lugares sucede que en veces se encuentran».

«Que no te deslumbre la verdad, ni el error te amedrente. Los aciertos, aun los más elocuentes, con el tiempo, no suelen ser más que ensayos aproximativos de la infinita meta; fracasados si tratas de fijaros en cualquier lugar eternamente. Y de la prisión de la Duda, para abrazar la Verdad, no saldrás más que cargado de yerros».

«Duda, duda mucho y sé contigo cínico, con los demás sólo sincero. Si así no obras y dudas exponte a ser tu propio Judas».

«Exige mucho de ti mismo para tener el atrevimiento de pedir algo a los demás. Y cuando algo quieras, procura ante todo ha-

llar la fórmula para alcanzarlo. Y, asimismo, cuando algo detestes, intenta saber el porque.

El tren apareció por el paralelo de hierro que en la lejanía parecía converger. Su trepidación hizo enmudecer al docto anciano.

En vano el adolescente intentaba descifrar el lenguaje, para él sibelino, del anciano.

Sólo comprendía aquello:

«Antes que rescoldo fui llama. Que fruto flor». ¿Y no era esto lo primordial?

El tren arrancó llevándose al mozuelo quimérico. Por la senda serpentina desapareció el docto viejo.

El primero huyendo de cierto lugar, camino de no sabemos aún dónde. El otro, regresando de donde no le importaba ya, camino de aquella aldea. El uno huía para vivir. El otro regresaba para morir. Hay lugares predestinados. Y vidas convergentes aún tomando caminos opuestos.

I

¡NIEVA!

Nieva:
cae del cielo un llanto
de lágrimas muertas.

Nieva:
sobre las espinas que hay en los rosales,
blancas rosas quedan.

Nieva:
¡parece una rosa
de nieve la tierra!

II

ESTA TODO BLANCO

Está todo blanco:
blancos los caminos, los cerros, las sierras;
blancos los cipreses de los cementerios;
blancas las veletas...

Está todo blanco:
blancas van las nubes,
blanca está la tierra.

III

FRIO...

No hay fuego en mi hogar:
¡y en la calle nieva!...

La ciudad se viste de blancos sayales:
¡y en silencio reza!

Por la calle pasan los desheredados,
pasa la miseria...

Son niños que piden
y ciegos que tiemblan...
Y en mi hogar no hay fuego;
¡y en la calle nieva!...

IV

LA ABUNDANCIA

¡Dicen que la nieve
esponja la tierra;
que el año que nieva
hay buena cosecha.

Pero yo pregunto: ¿De qué va a servir
la abundancia
a éstos que ahora de frío se mueran?

¡Dicen que la nieve
esponja la tierra;
que el año que nieva
hay buena cosecha.

V

FIESTA

Es en la alta noche;
va a haber una fiesta:
va a mostrar la luna
su cara de muerta,
y va a sonreirse
al ver toda blanca a su hermana la tierra.

C. DELGADO

Pedantería, soberbia, sencillez y dignidad

por FONTAURA

El consenso común ha dado a cada palabra un valor intrínseco. Es lógico que a él nos atengamos. Fácil es consultar cualquier diccionario y tener una idea cabal de lo que es la pedantería y de lo que representan los pedantes. Igualmente resulta simple formarse un criterio con referencia a lo que significa la soberbia y acerca de la mentalidad de quien es poseído de ella. Huelga, pues, a este efecto, extenderse en consideraciones.

No me causa extrañeza leer que «en la soberbia se encuentra el verdadero instrumento de la justicia social», ni tampoco me sorprende que alguien trate de hacer el panegírico de la pedantería. No recuerdo qué pensador, dijo que, en materia de filosofía se han expuesto las tesis más encontradas, y hasta los más inverosímiles absurdos han tenido sus defensores. En los libros de Nietzsche, de Stirner y hasta de Vargas Vila ha habido quienes creyeron hallar materia para justificar un mezquino egoísmo, una necia egolatría, o una concepción de las cosas amanerada y decadente. Si en tamaños excesos se ha puesto empeño, si tales aberraciones han sido difundidas, no es cuestión de escandalizarse ante razonamientos no como aquellos desorbitados; máxime queriendo apreciar en estos últimos sinceridad y buena fe.

El «complejo de inferioridad» de que algunos individuos a sí mismos se hacen objeto, se combate y se anula con el bien sentido concepto de la dignidad, que puede ir a la par con la sencillez en el comportamiento, en el modo de ser. No veo el porqué haga falta rellenarse de pedantería o estar hinchado de soberbia para evitar, en la vida, el ser minimizado. Todo aquel que siente complacencia en leer obras de carácter biográfico, sabe que en los dominios del arte, de las ciencias, y en todas las ramificaciones de la vida social, ha habido elementos de relieve personal que supieron aunar la sabiduría, el talento, con la sencillez. Y sin referirnos a las figuras de un acusado relieve representativo, están quienes, en la vida corriente son llanos, sencillos, sin que ello sea obstáculo para que cuando les hace falta sepan levantar la voz y defender los fueros de la dignidad ultrajada, no tolerando vejámenes ni humillaciones.

De tiempo inmemorial se ha ridiculizado a los pedantes. Tanto en la novela como en el teatro: Moratín, en su obra «La derrota de los pedantes», y Molière en varias de sus producciones teatrales han sabido reflejar la irrisoria fisonomía moral de los pedantes. Modelo de pedantes lo era el escritor italiano Pico de la Mirandola, cuya divisa decía: «De todas las cosas que pueden saberse». O sea que el hombre tenía la pretensión de poder discutir con quien fuere, en torno a todas las cosas afectando a la inteligencia humana. Se dice que Voltaire, con aquel aire entre cáustico y zum-

bón que le caracterizaba, agregó unas palabras a la divisa citada, en este sentido: «De todas las cosas que pueden saberse... y de algunas más». Ello supone ya el **non plus ultra** de la pedantería. En cuanto a la soberbia: ¿quiénes más que los dictadores han dado prueba de tenerla? Cuantos trataron a Mussolini y a Hitler han señalado reiteradamente la soberbia que a uno y al otro les caracterizaba. Incluso Dollfus, el «Canciller de bolsillo», se caracterizaba por su soberbia. Es la soberbia un modo de ser habitual en los militares, acostumbrados a mandar y a ser obedecidos. El pedante, el soberbio, el ególatra, son tipos que se consideran de un rango superior a los demás mortales; tienden al endiosamiento. Cuando en una peña de amigos, una agrupación cultural o recreativa, se han juntado dos o más pedantes con su necia fatuidad y sus desmesuradas pretensiones han creado un enrarecido ambiente de personalismos y malestar.

Hay quienes no llegan a comprender que la sencillez y la modestia naturales no tienen porqué estar divorciadas de la inteligencia. Se puede ser muy inteligente sin vanagloriarse de ello, sin hacer ostentación de conocimientos. En uno de los libros de Rodolfo Rucker, el titulado Max Nettlau, el Herodoto de la Anarquía, se pone bien de manifiesto la sencillez que caracterizaba al cultísimo historiador del anarquismo, sencillez que pudimos comprobar cuantos tuvimos la suerte de conocerle personalmente. ¡Ah, pero Nettlau sabía poner vehemencia en la pluma elevando el tono de voz cuando precisaba poner los puntos sobre las íes en discusión con el adversario o con un falso amigo!

En unos sagaces comentarios a la obra del príncipe Juan Manuel, «El conde Lucanor», pone Azorín estas palabras: «En nuestras cosas en la vida cotidiana, debemos pasar por alto — indulgentemente — las pequeñas cosas. En la vida pública, a la vista de todos, de igual manera, no debemos ponernos fieros ante lo que en sí tiene escasa importancia... Pero cuando se trate de cosa grande, cuando se trate del corazón, entonces pongamos todas nuestras fuerzas, todo nuestro ardor, todo nuestro impetu en defender la esencialidad de nuestro ser moral: las ideas, los procedimientos, la conducta, la honradez, la sinceridad.» He ahí, con las citadas palabras, reflejado lo que considero sentido de la dignidad, y en él puede estar integrada la sencillez. ¿Qué tienen que hacer ahí la soberbia y la pedantería, ridícula psicosis de los que creen estar de vuelta en todos los problemas, aunque a veces no vean más allá de sus narices?

Se ha dicho: «Mucha ciencia descubre al hom-

bre su mucha ignorancia». Así es en realidad para toda persona sensata y con la inteligencia susceptible de comprender cuán grande es la cantidad de conocimientos humanos y cuánto falta aún por conocer. ¡Ah, mas el pedante y el que es soberbio en su comportamiento, no tienen en cuenta ese sentido de relatividad que enseña a ser modesto! El pedante y el hombre soberbio necesitan lecciones de nada ni de nadie. «Vanidad de vanidades»...

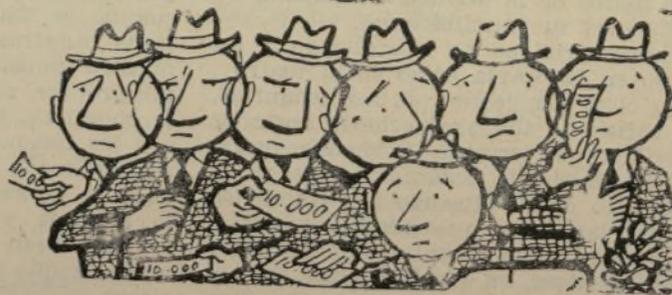
Es aconsejable poseer un noble sentimiento de emulación. Querer llegar a la altura de conocimientos que otros han alcanzado. Importa guardar un fondo de independencia en nuestro fuero interno. Ser conscientes de nuestros actos. Complacernos en ser inconformistas, rebeldes. No ser humildes hasta el extremo de soportar humilla-

ciones o burlas de mal gusto por parte de nadie. No mirar a nadie con aire reverencial. Es interesante guardar la inquietud del que se considera eterno «aprendiz de mirar», siempre en el anhelo de otear horizontes nuevos, ya en lo físico o bien en lo intelectual. Rechazar todo cuanto tienda a avasallarnos.

Y es aconsejable también prevenirnos al respecto de opiniones que, aún suponiendo y hasta creyendo están concebidas con la mejor intención, se prestan al equívoco... Opiniones que aún tomando giros de novedad nada tienen de nuevas, y menos para los libertarios acostumbrados a arremeter contra las reminiscencias, los atavismos de mil colores, producto, a la postre, del medio burgués.

El dinero y los periódicos

Una de las tristezas de los hombres de mi edad es advertir cuánto ha aumentado desde un tercio de siglo entre nosotros el papel del dinero en los bastidores del escenario político... «¡Para el dinero y por el dinero!» Tal parece ser en ambas costas del Atlántico la divisa de la inmensa mayoría de los políticos... La ingerencia del dinero se deja sentir aun sobre la Prensa, ese poder que se dice superior a las autoridades constituidas. En Francia, en Alemania, en Austria, en Hungría, en Italia, lo mismo que en ambas Américas, muy pocos periódicos están libres por completo de ese yugo envilecedor. Casi todos llevan puesto un collar de oro, donde su respectivo amo cuida de no grabar sus iniciales. Los Gobiernos, o los gobernantes, han hecho muchísimo para corromper a la Prensa, las Cámaras y los electores. La venalidad ha sido para ellos un procedimiento de gobierno... Las manos que pagan se abren por fuerza por la mano que recibe: el verdadero corruptor es el corrompido... — LEROY-BEAULIEU.



La mística española

ESTOY enfrascado en la lectura de las obras completas de la Doctora del Carmelo, de la que sólo conocía «Las Moras o Moradas», la no muy mala «Vida», las «Fudiciones», digo «Fundaciones» y parte del Epistolario.

No recuerdo si fue consecuencia de la primera visita que hice al «Castillo interior» de la santa un artículo que publiqué en «El Diluvio» de Barcelona.

A pesar de la irreverencia un tanto burdégana con que juzgué a la sazón a la Madre de la Descalsez, declaro hoy sin ambages que Teresa de Jesús e Isabel de Castilla — la llamada Reina Católica — me parecen las mujeres de más fibra y temple en la Historia universal.

Ninguna de las dos debe su notoriedad al sexo y, como la ternera, a la finura de su so'omillo; a haber sido, como la mayoría de las hembras de rompe y rasga del Olimpo y del Parnaso, dos ninfómanas indecentes o dos sanguinarias hienas.

Isabel no hizo más que esto: asociar con su matrimonio las behetrías de Castilla y de Aragón, consumando la unidad de mando peninsular, echar de Granada a los árabes, empujándolos hacia el futuro ferrocarril transahariano; alentar los sueños y las empresas de Colón, dando lugar al descubrimiento de estos nopales.

Y no es que a mí la obra imperial del castellanismo me haga muy feliz. La Historia es una historia; una escorpionera y un melonar. La unidad hispana debió presidirla el espíritu federativo de la Corona de Aragón. Los moros debieron expulsar de España a los cristianos o cristeros, y no viceversa; porque los cristícolos eran de los dos bandos el más bruto. A América la hemos infectado de soldanatos de la gachupinalla. Pero...

La Cepeda sembró de eremitorios del Carmen a Andalucía, a Castilla y León, fundando sucur-

sales de se trust o kártel ascético en Avila, Segovia, Salamanca, Soria, Burgos, Valladolid, Sevilla, Granada, Palencia, Toledo, Medina del Campo, Pastrana, Alba de Tormes, etc.

El expansionismo territorial depredador de la primera dama de Castilla obedece a la misma celestial inspiración rapaz, al mismo posesorio furor, que el proelitismo religioso de la ilustre priora del convento de la Encarnación de Avila; de la que nos ha dejado una estampa legañosa Fray Juan de la Miseria, pintamonas que, aunque discípulo de Sánchez Coello, «no era artista muy primo».

La prelada de la Encarnación llevaba, de chica, una falda de color naranja, ribeteada en los bajos de una triple orla de terciopelo negro.

La hoguera de la sed de cielo sobre un montón de infernales tizones y de pasiones negras, que fue toda la vida de la reformadora carmelita, no podía tener un signo gráfico más neto que ese indumento aldeano. Y no sólo el torbellino que arrebató a la reverenda madre fundadora refleja esa trapa, sino el volcán que llevan dentro todos los extralúcidos españoles: Juan de la Cruz, Luis de León, Malón de Chaide, Diego de Estella y otros.

¿Qué es el cuaquerismo del Siglo de Oro de nuestras Letras y de nuestra hegemonía teológica? Una picaresca al revés. Una pornografía piripitipesca, disfrazada de devoción y de piedad. En suma, una evasión del «in pace» en que nuestros ingenios del XVI languidecían y se atufaban. O sea la forma de renitencia y de inconformismo, que el espíri-

tu humano podía adoptar en tiempo de Felipe II y del Oficio Santo de achicharrar herejes.

Es imposible que el primero de los adelantados de Avila de los Caballeros, que fue nuestra Virgen campeadora, creyese en Dios, en la Trini y otras ruedas de moler. Ni que el niño Jesús, de mejillas más sonrosadas que las de un trasero barnizado a mímos, le pareciese criatura más adorable que un «poupon» de carne y hueso. Ni que en sus desasimientos y éxtasis hubiese más exaltación de espíritu que desmayo y rijosidad materiales; y fuesen esos desvaríos otra cosa que una oración a San Andrés, patrón de las damas que quieren tener hijos y no lo logran más que cambiando de santo de su devoción.

Admiramos francamente el despejo de Doña Teresa. Amamos «corde totissimo» su anaranjada basquiña, con los brazos del demonio pecador enredados entre el «chantilly» de las piernas. Nos conmueve el jarope con que regala al Esposo, muy superior a la melusa de que Safo riega profusamente a Faón.

Para nosotros el fenómeno teresiano no puede ser más explícito. Teresa se refugia en las nubes, porque no hay para ella piso y tierra firme aquí abajo. Retoza con los ángeles, porque rehusa tomar choco'ate con la piarra frailona que conoce. Hace entrega total de sí misma al Creador, porque el hombre común o de los Comunes y el Lord de su tiempo le lustran de baba las narrijas de su inocencia sólo con rozar la fimbria de su hábito carmelitano.

ANGEL SAMBLANCAT

IGNORANCIA

El mal que afecta al mundo proviene casi siempre de la ignorancia, y la buena voluntad puede ocasionar tantos daños como la maldad, si no es consciente. — ALBERT CAMUS.



Ideas sobre



XI

LA EDUCACION REALISTA

EL siglo diecisiete vio el sentido práctico de las ciencias aplicado a la educación, a la medicina, a la física e incluso a las prácticas militares. En este siglo nacen las nuevas escuelas llamadas academias, las cuales se dedican al fomento de una educación práctica incluyendo las ciencias naturales y las matemáticas. Las nuevas escuelas, aunque con un similar espíritu y objetivo en sus programas, no en todos los países reunían en sus aulas a las mismas capas sociales, pues mientras en Alemania y Francia estaban dedicadas a las clases nobles, en Inglaterra por ejemplo, se hallaban patrocinadas por las clases mercantiles que ya empezaban a tomar parte en los puestos de dirección del país. El siglo diecisiete ve los adelantos de las ciencias naturales correr aparejados con las nuevas doctrinas sobre educación, con las nuevas ideas sobre libertad, con los fundamentos de la nueva filosofía y con el principio de la ley internacional.

Así, el realismo en educación puede ser comparado con el realismo en filosofía, en las artes, en la historia, en la literatura. El realismo incluye conocimientos concretos, instrucción práctica y profesional; el estudio de las lenguas para uso comercial y diplomático más bien que para el uso literario; el estudio de la historia, de la política, de las leyes. Pero como todos los movimientos y manifestaciones en la historia del género humano ya sean sociales, políticos, religiosos o culturales, el realismo no apareció como se suele decir por generación espontánea; éste empieza a manifestarse en muchos de los humanistas que fueron fuertes puntales del Renacimiento y por espacio de más de un siglo va abriéndose espacio en medio de éste hasta llegar a sobreponerse aunque desde luego apoyado en las mismas bases que aquél. «Aunque comunmente no incluido en el período del Renacimiento», dice Monroe, «el realis-

educación

mo no representa más que un estado posterior y más elevado de ese movimiento. Como el Renacimiento en el siglo quince se reveló principalmente en ideas de logro individual y esfuerzo según la educación personal y de aquí llegando a ser particularmente literario y estético; de igual forma el mismo movimiento en el siglo dieciséis llega en primer lugar a ser moral, reformativo y de aquí, en general religioso y político o social. En el siglo diecisiete a través de un nuevo desarrollo del mismo espíritu y de la misma fuerza, el Renacimiento llega a ser impersonal, insocial, y dirigido hacia una nueva determinación de la realidad. De aquí convirtiéndose en filosófico y científico. La ciencia moderna que recibió su primera interpretación en el siglo diecisiete y empezó a modificar los métodos e ideas sobre educación en estas tendencias colectivamente llamadas realismo, es el total producto de la revolución del Renacimiento en el pensamiento. Esta tendencia sólo empieza a desarrollarse durante el siglo diecisiete. Con razón se ha dicho que el movimiento del pensamiento griego empezó con la investigación y especulación concernientes a los fenómenos naturales y se desarrolló en un estudio puramente subjetivo del hombre, mientras que el movimiento del Renacimiento al ser estimulado por el descubrimiento del pensamiento griego empezando con su más elevado producto, revirtió el proceso y empezó entre los primeros humanistas de Italia con su estudio subjetivo y se desarrolló hacia el estudio de los fenómenos naturales y la estricta observación de la ciencia. En este sentido el realismo del siglo diecisiete no es sino un reflejo de la ciencia del siglo diecinueve tanto filosófica como educacionalmente.

Dentro de los límites del realismo pedagógico es incluido un compás un tanto más amplio de pensamiento que el relacionado con las ciencias naturales. De un lado el realismo se extiende hacia atrás a sus primeros enlaces con el humanismo, donde existió principalmente como una protesta contra las obtusas tendencias de la nueva cultura en cuanto se hizo una institución; del otro se extendía hacia adelante y hacia afuera ya que él representaba una concepción de una educación, aceptada por muchas generaciones sin la base de una filosofía o una autoridad de una escuela...

El realismo, continúa Monroe, es la reproducción durante los siglos dieciséis y diecisiete, de una opinión de la educación característica del primer período del Renacimiento representando una protesta contra la educación dominante del tipo obtuso humanista. Pero tanto el grupo realista como el humanista coincidían en que el estudio de los idiomas y literaturas clásicas eran el solo objeto de estudio o por lo menos el solo medio de

una educación. Los idiomas y la literatura formaban para ambos grupos los componentes del programa de estudios. Para ambos, éstos representaban el mayor triunfo de la mente humana y contenían no solamente la esencia de la inteligencia humana, sino prácticamente todo lo que tiene algún valor que llame la atención del hombre. No obstante entre los principios de estudios de ambos grupos existía una diferencia fundamental. Ya hemos visto y considerado anteriormente el espíritu de estudio de los puros clasicistas, un objetivo comprendido totalmente en los estudios lingüísticos y literarios, un objetivo plenamente alcanzado con el dominio de la escritura y el habla del latín ciceroniano. Su fin era la formación de jóvenes romanos para crear un nueva Lacio. El objeto de los realistas, al contrario, era llegar a un conocimiento de los móviles humanos, de la vida humana en instituciones humanas, de la vida en contacto con la naturaleza. Pero para ellos las realidades de la vida institucional más bien apreciada por los griegos y romanos que por sus propios contemporáneos o por cualquier generación intermedia. En consecuencia, la mayor expresión de las oportunidades, deberes e intereses de la vida había que hallarlos en los clásicos. No sólo eran éstos consuelos en la adversidad, en la prosperidad agradables y honrosos, sino que sin ellos se hallaría uno privado de toda la gracia de la vida y de todo lo refinado de la relación de la vida social. La filosofía antigua no sólo contenía la verdadera filosofía de esta vida, sino que los idiomas eran la llave para la comprensión verdadera de la religión cristiana. El dominio de estas lenguas no sólo daban fuerza al discurso y de aquí la influencia sobre nuestros semejantes, sino que si había que estudiarse las ciencias militares en ningún otro lugar podía hallarse mejor información que en César y Jenofonte; si había que practicarse la agricultura, la guía de Virgilio o Columela era imprescindible; para dominar la arquitectura, no se encontraría mejor medio que el de ir a través de las obras de Vitruvio; para conocer la geografía había que consultar a Mela o a Solino; para comprender la medicina, no existía mejor médico que seguir a Celso; si había que interpretarse propiamente la historia natural, no existía mejor ni más segura fuente de información que Plinio y Séneca. La base de todas las ciencias proveía Aristóteles; Platón, la de toda la filosofía; Cicerón, la de toda la vida institucional y los Padres de la Iglesia y las Escrituras, la de toda la religión.

El fin de los humanistas realistas era el dominar su propio medio ambiente de la vida, social y natural, a través de un conocimiento amplio de la vida de los antiguos, pero tanto lo uno como lo otro sólo podía lograrse por medio del conocimiento de las literaturas griega y romana.

Hemos hecho esta larga cita porque creemos que ella expresa de una forma precisa la estructura y sentir de este largo período que comprendió a tantos grandes hombres de ideas y culturas que hacían la época en que vivían y al mismo

tiempo la empujaban hacia otros moldes; que la defendían criticando las trabas que la ataban y la condenaban a exponer conceptos no comprendidos en sus límites un tanto estrictos. Siendo muy hijos de su tiempo, la fuerza de los pensamientos e ideas de estos hombres se proyectaban hacia el pasado remoto e inmediato para sacarles a luz lo que tenían de caduco y retrógrado, sentaban las bases del presente y a través de éste, abrían brecha hacia el futuro. La pléyade de hombres que vivieron durante el largo período de los siglos dieciséis y diecisiete y que dieron principio y vida al movimiento realista representaban al mismo tiempo al humanismo. Entre ellos pueden contarse Luis Vives, Erasmo, Rabelais, Montaigne, Tomás More, Comenius, Campanella, etc., etc. Los innovadores, como también les llamó alguien a los realistas, incluían a aquellos hombres y tendencias que definían claramente las ideas que hemos descrito más arriba. Estos, influenciados por los nuevos descubrimientos hechos en los procesos de la naturaleza y las recientes innovaciones, llegaron a aprovecharse de los recursos que éstos les presentaban; imbuidos por un interés y un respeto por los fenómenos de la naturaleza como una fuente de conocimientos y realidad, estos realistas sostenían que la educación en sí era un proceso natural más bien que artificial, y además que la ley o principios sobre los que la educación estaba basada podían encontrarse en la naturaleza. Estas tendencias se manifiestan en los escritos de todos los escritores incluidos en este grupo, bien si éstos estaban dedicados a la enseñanza o no, tanto en la dirección de los fundamentos de una filosofía o ciencia de educación basada en la investigación científica o la especulación más bien que en el empirismo puro, como en la forma de reemplazar el material lingüístico y literario exclusivo de los programas de las escuelas por material escogido de las ciencias naturales y de la vida ordinaria.

En estos siglos verían la luz una serie de libros llamados utopías que estaban llamados no sólo a influenciar sino a revolucionar las ideas sociales, políticas y filosóficas de los siglos futuros con alcance hasta nuestros propios días. Ninguno de estos libros tratan de educación in extenso, pero al hacerlo, aunque sólo sea para describir el desarrollo de la vida del individuo en la sociedad ideal, lo hacen proclamando a ésta un plagio de su educación, la cual es una oposición indirecta a los métodos de existencia. Aunque no citemos todos ellos he aquí algunos de los más importantes de estos libros: « La Atlántida », de F. Bacon; « La Ciudad del Sol », de Campanella; « Cristianópolis », de J. Andrea; « La Utopía », de Tomás Moro; « La República Literaria », de Saavedra Fajardo; « El Criticón », de Gracián, etc., etc.

Campanella nació en el sur de Calabria en 1568, y aunque en su adolescencia su inclinación era más fuerte por la física y la lógica que por la teología, a una temprana edad cogió los hábitos de la orden de los dominicos. En sus expansiones literarias y filosóficas se atrevió a atacar las ideas

aristotélicas, lo que le creó muchos enemigos y el odio de la Iglesia y de la Inquisición particularmente. Estas intrigas serían la causa de que se le acusara de conspiración contra el reino de Nápoles y se le condenara a prisión. Durante su encierro, que duró 27 años, fue torturado muchas veces y pasado de una prisión a otra como objeto sin valor, privándole de los medios de estudios y de poder escribir cada vez que sus carceleros creían que el sufrimiento físico no era suficiente para abatir este carácter indomable. Al salir de la prisión, en 1626, se retiró a Francia, donde permaneció hasta su muerte en 1639.

« La Ciudad del Sol » fue escrita en la prisión y se cree que este tratado era el principio de una obra que abarcaría tanto como las leyes de la naturaleza, las costumbres y maneras de conducirse el hombre, la organización del Estado y las bases económicas de la sociedad. No cabe duda de que las bases políticas y filosóficas de la obra están sacadas de la « República » de Platón, pero sus ideas sobre educación eran muy propias de los tiempos de Campanella es decir, en este sentido, nuestro autor era un verdadero realista.

Su ciudad, con sus siete murallas, era una unidad compacta de trabajo, con jardines, colecciones de animales, de plantas y minerales de todas clases. Las murallas se hallaban cubiertas con cuadros, mapas, diagramas e ilustraciones descriptivas de las artes mecánicas, con profusión de instrumentos, retratos de sus inventores y demás figuras históricas. Todos estos objetos y otras muestras de las creaciones tanto de la naturaleza como del hombre, habrían de ser usadas para la educación de la república desde el ordinario ciudadano hasta el más alto representante de la sociedad.

Cuando las mujeres dan a luz en « La Ciudad del Sol » éstas crían y amamantan a sus pequeños en templos comunales preparados a tal fin. De acuerdo con las órdenes médicas las madres darán el pecho a sus hijos hasta la edad de dos años o hasta después de esta edad. A continuación, el niño destetado, será puesto bajo los cuidados de maestras, si es hembra, y de maestros, si es varón. En seguida y en el curso natural de desenvolvimiento empezará la educación en una forma colectiva. En « La Ciudad del Sol », nos dice Campanella, hombres y mujeres llevan la misma clase de ropa apropiada para la guerra. Las mujeres llevan la toga por debajo de la rodilla, pero los hombres por encima, y ambos sexos son instruidos en todas las artes juntos. Antes de su tercer año los niños aprenden el idioma y el alfabeto sobre las paredes yendo alrededor de ellas. Se irán familiarizando con las ilustraciones, dibujos históricos y otras descripciones desplegadas en las murallas de la Ciudad con un fin pedagógico. Ellos tienen por acompañantes cuatro líderes y cuatro mayores; los primos para dirigirlos, los segundos para enseñarlos y éstos son los hombres aprobados por encima de los demás. Después de cierto tiempo los chicos se ejercitan en gimnasia, carreras, discos, saltos y otros juegos en los cua-

les se ejercitan y refuerzan por igual todos sus músculos.

Los chicos habitan en edificios con dormitorios con camas y otros menesteres en común; pero al final de cada semestre éstos separados por los maestros. Unos dormirán en este círculo, otros en otros; unos en el primer departamento, otros en el segundo, y estos departamentos estarán marcados en el dintel por las letras del alfabeto. Irán descalzos y desmonterados hasta tanto lleguen al séptimo. Después los conducen a las oficinas de oficios tales como zapateros, cocineros, metalúrgicos, carpintería, pintura, etc. A fin de hallar las inclinaciones del genio de cada uno, después del séptimo año, cuando han ido ya a través de la muralla de las matemáticas, los llevan a la lectura y enseñanza de todas las ciencias; hay cuatro conferencias para cada asignatura, y en el curso de cuatro horas en su respectivo orden las cuatro explican todo. Algunos se dedican a los ejercicios físicos o se ocupan en las funciones o servicios públicos; otros se emplean en la lectura. Al dejar los estudios todos son devotos de las disciplinas más abstrusas; de las matemáticas, de la medicina y otras ciencias. Entre ello se desarrollan debates y discusiones arreglados y después de cierto tiempo devienen magistrados en aquellas ciencias o artes mecánicas en que sobresalen más, pues cada uno sigue la opinión de su líder o juez y sale a la campiña a la labor de los campos y a familiarizarse con los pastos de los animales. Ellos consideran más célebre y más noble a aquél que se ha dedicado al estudio de más artes y sabe cómo practicarlos más diestramente.

De esta forma llega Campanella a la constitución del gobierno de la Ciudad que a la manera de Platón estará formado por aquellos hombres que han llegado a alcanzar mayor grado de conocimientos. El consejo superior podríamos decir está formado por cuatro jefes: Hoh, Pon, Sin y Mor. El principal de ellos, Hoh, es un sacerdote que encarna la metafísica; los otros tres representan el poder, la sabiduría y el amor respectivamente. El resto de los magistrados de la república son escogidos por ellos, pues nadie mejor que estos superhombres conoce quienes son los más preparados para gobernar. Pero de las muchas y buenas cualidades que reúnen estos jefes y magistrados ningunos aventajan en sabiduría a Hoh, quien conoce las historias de las naciones, de sus costumbres, sacrificios y leyes, forma de gobierno, tanto si son monarquías como repúblicas. También conoce los nombres de los legisladores e inventores de ciencia así como las leyes y la historia de la tierra y de los cuerpos celestes. En fin, Ho ha de estar en posesión de unos conocimientos profundos, enciclopédicos.

Campanella nos dice que los componentes de « La Ciudad del Sol » están guiados al bien de la comunidad y no al bien privado de los individuos, así los magistrados deben ser obedecidos. Ellos niegan lo que otras sociedades creen, es decir, que es natural que el hombre reconozca a su proge-
nie y que la eduque, y que use a su esposa, casa

e hijos como cosa propia, pues consideran que los niños son engendrados para la preservación de la especie y no para el placer de los individuos. La educación y vigilancia de los jóvenes, por tanto, pertenece a la comunidad y no a los padres en tanto que estos niños formen parte de aquélla.

A este periodo pertenece también, como hemos dicho antes, Francis Bacon (1561-1626), quien aunque no interesado de una forma directa en la práctica de la educación, ejerció una tremenda influencia en la filosofía de ésta. Fue además, el filósofo expositor del movimiento científico en marcha que bien podía considerarse como el final de las contribuciones del Renacimiento a la sociedad.

Bacon ha sido llamado padre de las ciencias modernas y aunque en realidad esto sea demasiado honor otorgado al eximio Lord Verulam, ya que no puede dejarse de lado la contribución que otros antes que él y al mismo tiempo que él aportaron a este movimiento, sí debe reconocerse que Bacon fue capaz de penetrar hasta el fondo del problema, exponer sus bases y formular sus leyes. Sus ansias de saber, su determinación en estudiar todos los problemas de interés al género humano y limpiar estos estudios de las falsedades y rutinas con que eran tratados por muchos de los investigadores de la época, las expresa cuando le dice a su padre: «Yo tengo tan extensos fines contemplativos como moderados fines civiles, pues yo he tomado toda clase de conocimientos como cosa propia; y si yo pudiera expurgarlos de dos clases de poderes, de lo cual el uno con frívolas controversias, confutaciones y verbosidades (los hombres de la escuela), el otro con ciegos experimentos, tradiciones auriculares e imposturas (investigadores sin método, ejemplo, alquimistas, astrólogos, etc.), han cometido muchas equivocaciones, y yo espero traer a ello industriosas observaciones, invenciones y descubrimientos provechosos, el procedimiento mejor en ese sentido.»

El se traza su plan de trabajo para erigir un edificio al conocimiento humano dejando de lado el material antiguo, el cual considera completamente incompatible, feo, no lo suficientemente sano para usarlo como base, como cuerpo, donde injertar la nueva savia que manaba de la corriente científica de la época.

«Es inútil — dice Bacon — esperar grandes avances de las ciencias por la superinducción y el injerto de las cosas nuevas sobre las viejas; hemos de empezar de nuevo, desde la misma base, al menos que queramos desenvolvernos siempre en un círculo con medios y proyectos despreciables.»

Estas conclusiones las aplicaba no sólo a su propia obra sino a todo el esfuerzo intelectual del futuro, el cual, de una forma o de otra, él se imponía el deber de explicar en libros, ensayos y otros escritos más o menos utópicos. En su «Nueva Atlántida», la isla sobrevive a la desaparición del continente del mismo nombre y sobre el que tantas opiniones se han vertido, de una forma maestra nos da Bacon sus ideas y opiniones sobre las ciencias aplicadas al campo, a la industria, et-

cétera, así como su parecer de lo que es deber del Estado respecto a éstas. Nos describe, claro está, el estado y forma de conducta, el espíritu de hospitalidad, de bondad y simpatía de los componentes de esta comunidad, cuya narración se ha dicho revela su propia personalidad, «pues no existe ninguna obra de él que contenga tanto de sí mismo». La «Nueva Atlántida», con su Casa de Salomón o Colegio de los Seis días de Trabajo, había podido desenterrar muchos de los secretos de las ciencias bien por sus propios medios o por medios de misiones de atlantinos mandadas a todos los confines del mundo a adquirir conocimientos de las ciencias, de las artes, de la manufactura, de la cultura e inventos de otros pueblos y a que a su cargo a la república trajeran libros, instrumentos y modelos de toda clase relacionados con ellas.

Así, empleados en la continua investigación tratando de descubrir los beneficios que la naturaleza dominada puede proveer al hombre exclaman. «El fin de nuestra fundación es el conocimiento de las causas y la moción secreta de las cosas y el ensanche de los límites del imperio humano al efecto del mayor número de cosas posible.

Allí en la república las atlantinas horadaban las montañas y se adentraban en las entrañas de la tierra donde construían grandes cámaras para la congelación, duración, refrigeración y conservación de los cuerpos, usaéndolas también para la imitación de minas naturales y la reproducción y observación de metales artificiales. Con la construcción de elevadas torres conseguían, según su altitud, la observación y vista de diferentes meteoros tales como los vientos, la lluvia, la nieve, el granizo así como algunos «meteoros igneos». En estas torres colocaban a sus ermitas con instrucciones sobre lo que tenían que observar. Tenían edificios espaciosos para la reproducción de meteoros artificiales: lluvia, nieve, granizo, tormentas, huracanes, etc.

Los atlantinos tenían contruidos sus lagos de aguas saladas y dulces para peces y aves, los cuales usaban también para sepultura de algunos cuerpos naturales, «pues habían hallado diferencias en algunas cosas enterradas en la tierra, al aire debajo de tierra o enterrada en el agua». Tenían fuentes y pozos artificiales donde experimentaban minerales, restablecían la salud a los cuerpos y ayudaban a la prolongación de la vida. Poseían baños espaciosos con varias composiciones químicas para la cura de enfermedades y para restaurar al cuerpo de la «arefacción y otros para el restablecimiento de la fuerza a los nervios y partes vitales del cuerpo». Tenían huertos con variedad de tierras que usaban para experimentar toda clase de cruces, injertos e inoculaciones que producían una infinidad de alteraciones. Por este medio hacían que flores y frutos se produjeran más tarde o más temprano que de ordinario, que crecieran y produjeran más aprisa o más despacio que en su curso natural; que sus frutos y flores fueran de mayor o menor tamaño y de gusto y olor diferentes a los naturales. Tenían sus

parques zoológicos donde infinidad de animales eran empleados en experimentos cuyos resultados serían aplicados al estudio del hombre. Al igual que a las plantas y flores a estos animales les eran aplicados los procesos que les hacían más grandes o más pequeños a los de su especie; más prolíferos o completamente estéril.

Hacían continuos experimentos en la física, la química y la mecánica. Sus conocimientos en la luz y sus efectos así como en instrumentos de óptica eran profundos: «Representamos también la multiplicación de la luz la cual llevamos a gran distancia y la hacemos concentrar tanto que nos permite discernir líneas y puntos pequeñísimos. Todos los coloridos de la luz; todos los errores y refracciones de ésta en forma y magnitud, posición y color; todas las demostraciones de formas nos son conocidas. Hemos hallado diversos medios, desconocidos a vosotros, de producir luz original de varios cuerpos. Nos hemos procurado medios para ver los cuerpos a distancia tal como en el cielo y lugares remotos, haciendo que los objetos

alejados aparezcan cerca y los de cerca alejados.» Bacón nos da detalles de infinidad de otros experimentos a que se dedican los atlantinos: en minerales, en la termodinámica, en la cristalografía, etc., haciendo notar que en su utópica república tenían preparadas máquinas e instrumentos de toda clase de movimientos y que podían desplazarse más aprisa que ninguna de las existentes en otras partes del mundo; habiendo imitado al mismo tiempo el vuelo de los pájaros y poseyendo también barcos que podían navegar bajo el agua.

Por lo expuesto podrá colegirse que Bacón había sabido penetrar en el espíritu de su época, recoger el ambiente realista y práctico de las ciencias y exponerlo con claridad meridiana para que tanto sus contemporáneos como las generaciones venideras siguieran experimentando y llevando al marco de la educación un campo más amplio donde actuar.

J. RUIZ



DEL ARTE

EL arte considera al espectáculo como una realidad; las imágenes como objetos reales; el juego mismo de la imaginación, como una vida vivida y sentida. El arte se sirve de la contemplación para la producción y para el goce; de las imágenes, para la creación de una realidad superior ya presente en nuestro espíritu y en nuestro corazón; se sirve del juego, en fin, y del exceso de nuestra actividad para un desarrollo y un empleo de nuestras energías más profundas, más serias, más vitales, no solamente desde el punto de vista físico, sino también desde el punto de vista moral. El pretendido espectáculo

es, pues, una acción real, si bien concentrada en nuestras más íntimas potencias; la pretendida contemplación es un impulso de querer vivir, aplicado a una vida más limitada, y, por consecuencia, más viva; el pretendido juego es el tomar en serio nuestra actividad expansiva por sí misma y en sí misma; es una liberación, es una victoria, es la alegría de la libertad reconquistada. Así, pues, la teoría del juego y del espectáculo invierte el orden de las ideas: confunde la forma con el fondo del arte, la consecuencia exterior con el principio interno. Solamente la teoría que busca en el querer y en el vivir el origen y el fin del

arte penetra hasta el verdadero motor y hasta el gran resorte de la vida estética. El arte, lejos de mariposarse en torno del corazón de las cosas, **circum praecordia**, se esfuerza en poner un corazón en todas las cosas, y para eso en **crear**, es decir, en **hacer vivir**. La vida incompleta de la Naturaleza no le basta; engendra por sí mismo una vida superior en plenitud y en fecundidad, la vive realmente, y la vivimos con él, por él, en él; esa vida superior, lejos de ser un simple «juego para la representación», es un motivo sincero de goce, de amor, de voluntad.

FOUILLEE

El mayor triunfo del doctor Ferrán

La vacuna anticolérica nació en España

ASI como la vacunación antivariólica nace en Inglaterra, en el Condado de Gloucester; la antirrábica, en París; el método anestésico, en Norteamérica, siendo éstos y otros descubrimientos análogos motivo de orgullo de los respectivos países, la vacuna anticolérica, acierto magnífico del doctor Ferrán, sólo sirvió para motivo de envidias y calumnias, habiendo sido uno de los sabios españoles más discutidos, acaso el más discutido. Excepción hecha de Isaac Peral, otro inventor negado por sus coetáneos, no conocemos en los tiempos modernos ningún otro caso de encarnizada persecución.

Estos días, al leer en la Prensa que cien mil personas se vacunan diariamente contra el cólera en Hong-Kong, ante el sólo anuncio de unos cuantos enfermos coléricos en la colonia, ha venido a nuestra mente el recuerdo de las amarguras que hubo de sufrir don Jaime Ferrán cuando, allá por el año 1885, lanzó al mundo la buena nueva de haber dado la batalla al bacilo-virgula, el terrible huésped del Ganges y a las mortíferas epidemias que abrumaron a la Europa décimonona.

La campaña que desarrolló el ministro de la Gobernación, don Francisco Romero Robledo, contra los descubrimientos ferranianos, constituye una de las páginas más tristes de la política de aquel período. El caciquismo por aquel entonces lo invadía todo, y como Ferrán no militaba en ningún partido político y disfrutaba de una absoluta independencia respecto a los organismos sanitarios, instituciones académicas y docentes, tertulias profesionales, etc., donde se improvisaban los pedestales de la fama, cayó en desgracia y procuraron hacerle el vacío hasta conseguir una real orden prohibiendo el empleo de su vacuna.

Tres médicos famosos: Pulido, Jimeno y Fernández Caro tomaron a su cargo la defensa de los trabajos de Ferrán, humilde médico titular de Tortosa; pero no tenían fuerza para contrarrestar los informes negativos de Bronardel, Charrin, Simarro, Mendoza, Alonso Rubio, Maestre de San Juan, Castro, Sanz, Bombin, Segovia, etc.

Pero en los últimos tiempos de la vida de Ferrán hay un episodio poco conocido que representa, sin embargo, el completo triunfo de su obra, y que le compensó con creces de sus pasadas tristezas. Ardía en el frente oriental de Europa la Gran Guerra de 1914; los Ejércitos de ambas partes beligerantes estaban en el fragor de la lucha, y en la región de los Balcanes, turcos, rusos, serbios y rumanos, caían a cientos, víctimas de las primeras invasiones del cólera morbo. La terrible epidemia asomaba

en el horizonte del mundo como una peste infernal; hubo un instante en que el Estado Mayor de cada uno de los Ejércitos experimentó la sensación de terrible pánico. Rápidamente se reunieron las Comisiones de Sanidad y como solución única acordaron vacunar irremisiblemente a todos los individuos, soldados y paisanos. ¿Qué vacuna se iba a emplear? Sin discusión alguna se acordó utilizar el método español del doctor Ferrán.

Como esta es una gesta gloriosa que honra a España, y que por razones que desconocemos no tuvo la suficiente divulgación ni en el mundo médico ni entre el gran público y apenas lo comentó la Prensa diaria, vamos a referirla detallada y documentadamente.

En el número de los anales del Instituto Pasteur, de París, correspondiente al 1 de febrero de 1919, se publicó una interesante Memoria sobre la vacunación del cólera durante la Gran Guerra, en la que se enjuicia y sentencia definitivamente con toda autoridad de los fallos internacionales el pleito científico de tan discutida cuestión. Dicha Memoria va firmada por el doctor Cantecuzene, director de los Servicios Sanitarios de los Ejércitos serbios y rumanos, catedrático de la Facultad de Bucarest y ministro de Higiene de Rumania.

La introducción del referido texto, decía así: «La vacunación anticolérica, cuyas campañas últimas en Oriente han demostrado con gran plenitud su eficacia, ha tropezado durante largo tiempo con el escepticismo de los médicos clínicos y de los bacteriólogos. Hoy esta eficacia aparece demostrada claramente y gracias a ella es como las tropas del Ejército de Oriente han escapado al peligro del cólera, cuando operaban en regiones donde la enfermedad se hallaba establecida, bajo forma endémica, desde hacía muchos años. En las estadísticas publicadas por Arnaud acerca del cólera en el Ejército, de 103.000 hombres que operaban en foco colérico, la mortalidad fue de 17,75 por 100 entre los no vacunados, de 3,12 en los que fueron vacunados de modo incompleto y solamente 0,41 en los bien vacunados. «¡He aquí unas cifras que impresionan!» Pero lo que llamaré «la experiencia rumana» es sobre todo el haber resuelto definitivamente la cuestión, ya establecida sobre bases de una indiscutible exactitud respecto al valor del método. Aplicada sistemáticamente a más de millón y medio de individuos, militares y civiles, ella permitió en 1913, después de la Campaña de Bulgaria, cesar en pocos días la epidemia que había atacado al Ejército rumano y yugular en 1916, literalmente el cólera, hasta el principio de la guerra contra Alemania».

Toda esta Memoria se halla impregnada de un sentimiento noble y de una honrada sinceridad. El doctor Cantecuzene partió de la du-

da cuando no del escepticismo y sin él proponérselo llegó a la prueba científica de la eficacia del método.

Pero lo más interesante es cuando dice que habiendo penetrado el cólera el año 1912 por la línea férrea de Hadjaz ganó el Asia Menor tomando camino distinto del que había seguido hasta entonces y así pudo invadir Europa, a la cual solía llegar siguiendo la ruta de las caravanas del Afghanistán y de la Prusia, y penetrando por el Mar Rojo y por los puertos mediterráneos. Conservado algunos años, bajo formas endémicas hasta 1912, invadió por fin la península Balcánica con motivo de la guerra turco-búlgara; en otro avance que hizo por el Mar Caspio y Bakon castigó a Rusia con fuerza, donde ganó la capital y causó en Petrogrado más de 3.800 casos. Hubo luego decrecimientos naturales, pero los focos se exacerbaban más tarde con las movilizaciones de las tropas y entonces fue maculada Alemania, en donde se contaminaron los campos de prisioneros rusos de Dantzig y de Koenisberg. La enfermedad ganó Austria-Hungría y produjo en aquel vasto imperio, durante el comienzo de la guerra de 1914-1915, una gran mortandad.

Por otro lado, y ya procedente de la Anatolia, las tropas turcas lo llevaron en 1913 a los Balcanes, donde diezmaron los dos Ejércitos beligerantes en Tohtaldja, infectando entonces al Ejército rumano.

Con anterioridad se habían observado algunos casos aislados en Galatz y Braila, que son puertos del Bajo Danubio y de Constanza, que lo es del Mar Negro. En 1913 el Ejército rumano no estaba todavía vacunado porque el método no se hallaba aún bien acogido y se practicaba mal, por lo que las tropas se infectaban en Vratza (Balcanes) con el germen que existía allí desde hacía meses. El 13 de julio se presentó el primer caso en un soldado de Infantería y en el mismo día apa-

recen en otros muchos. Creció la mancha de tal manera que siete días más tarde se contaban ya más de 3.000. La situación tomaba carácter grave y entonces se acordó practicar la vacunación. Pero no había vacuna y hubo que pedirla a Bucarest. No se pudieron comenzar las inyecciones hasta el 22 de julio y ocurrió que ésta se hizo con grandes dificultades debido a que las tropas estaban ya en marcha y no se podían inmovilizar porque se oponían imperativas razones estratégicas. Las circunstancias permitieron por fin, que acampara el primer Cuerpo de Ejército, y entonces los 5.000 hombres que lo formaban se situaron espaciados alrededor de Orhanía y pudieron ser vacunados todos. El resultado superó a cuanto se podía esperar porque la epidemia se cortó bruscamente.

Pero no es esto solo, sino que en Moldavia, ya en los preliminares de la paz se encontró gravemente atacado el cuarto Cuerpo de Ejército, cuando tenía que retroceder al Danubio y la población civil de Oltenia y Valadia, también se infectó, logrando eliminar el fantasma colérico con la vacunación. En síntesis, que habiendo comenzado en el Ejército de varios países con extrema violencia, se extinguió completamente tanto en la población militar cuanto en la urbana y rural, en menos de cuatro meses a contar desde el principio de ella; y adviértase bien, su extinción fue tan absoluta que ya no hubo un solo caso de cólera en Rumania durante los años 1914, 1915 y 1916.

Resultaron también altamente demostrativas las vacunaciones en las regiones de la Dobrogiá, Constanza, Braila, Galatz, Botossain, Vislui, etc.; todo ello referente al cólera que estalló con violencia en la ribera derecha del Danubio y se había presentado entre los búlgaros y turcos.

Dr. J. ALVAREZ-SIERRA

La señal más segura de verdadera grandeza es
que ningún incidente pueda emocionarnos.

SENECA.

SOCRATES

por
A. E. Taylor

DESDE sus primeros días Sócrates debe haber sido una «rareba», tanto física como mentalmente. Su robustez corpórea y su capacidad de resistencia son destacados tanto por Platón como por Jenofonte, y explican en parte la excelencia de su hoja de servicios como guerrero. Puede considerarse como testimonio adicional de su vigor físico el que, al morir, a la edad de 70 años haya dejado dos niños pequeños, uno de los cuales era una criatura de brazos. Se destaca también su excepcional continencia y sobriedad en la comida y la bebida, y asimismo su capacidad para beber excesivamente, cuando la ocasión lo exigía, sin embriagarse. En su edad madura acostumbraba a llevar la misma en verano y en invierno, y habitualmente iba descalzo, incluso, según Platón, durante los rigores de una campaña de invierno. Sin embargo, estaba muy lejos de ser apuesto o bien formado. Aristóteles comparaba su andar al de un ave palmípeda, y se burla de su costumbre de mirar de reojo; Platón y Jenofonte aluden al ancho de su nariz y a ser marcadamente chato, como también a alguna peculiaridad de sus ojos que, quizá, eran muy salientes o estaban muy separados. Parecía, dice Alcibiades en el «Banquete» de Platón, algo grotesco, un sátiro o un sileno.

También mentalmente era Sócrates singular por más de un motivo. Su peculiaridad más notable era la «voz» misteriosa, o «signo sobrenatural», que lo acompañaba desde su niñez. Según Platón, que trata de esta peculiaridad muy someramente, ese «signo» se manifestaba esporádicamente, con frecuencia en ocasiones muy triviales, y siempre tomaba la forma de una repentina inhibición; la experiencia le demostró que el desobedecer aquellos avisos tenía por lo general consecuencias desagradables. Jenofonte, que tenía mucho de supersticioso, se ocupa algo más de esta singularidad, a la que considera como una especie de oráculo privado, e insiste en que daba advertencias positivas que era peligroso desatender, tanto para las acciones de Sócrates como de sus amigos. El diálogo «Teagesdel», siglo IV, arróneamente atribuido a Platón, contiene algunas notables anécdotas acerca de personas que no hicieron caso de las advertencias dadas por el «signo», siempre con desastrosas consecuencias. La versión de Platón sobre aquello, como la menos sensacional, es probablemente la más exacta. De todas las descripciones resulta evidente que el «signo» no era algo semejante a la «conciencia». No tenía nada que ver con lo bueno y lo malo, y nunca se acude a él en ninguno de los relatos para asuntos de conducta

moral, sino que representaba una especie de *olfato* «misterioso» de la mala suerte. Su interés principal para nosotros estriba en que es un indicio más de que Sócrates posea realmente el temperamento de un «visionario», aunque, a diferencia de la mayor parte de éstos, tenía este aspecto de su naturaleza bajo buen control, como San Pablo lo hacía con su «don de lenguas». Otra señal de este temperamento visionario, destacada por Platón, era su proclividad a súbitos raptos de absorción y abstracción, llegando a veces de hecho al trance o al «éxtasis». Según parece, ordinariamente tenían breve duración; pero Platón da cuenta de uno ocurrido al filósofo mientras estaba en servicio ante Potidea, que duró un día y una noche. Hechos de este género arrojan luz sobre el fuerte misticismo que es característico de los diálogos socráticos de Platón. Comúnmente se interpreta como prueba de la presencia de una tendencia mística en el propio Platón; pero en vista de la decidida eliminación de esa tendencia en los diálogos posteriores, en los que Sócrates no es ya figura prominente, parece más razonable deducir que el misticismo de obras como el «Banquete» y el «Fedro» es propio de Sócrates.

En el caso de Sócrates, lo que refrenaba aquella tendencia y evitaba que se convirtiera en superstición, era, según Platón, no solamente la «racionalidad obstinada» que compartía con Samuel Johnson, sino el humorismo sagaz por el que también se parecía al «sabo» de Fleet Street. De ese humorismo es el que llaman sus adversarios en los diálogos de Platón su «ironía habitual». Ironía, en este primitivo sentido de la palabra, significa la desagradable característica del hombre que logra eludir sus responsabilidades mediante un afectado menosprecio de su capacidad. Sócrates es acusado por sus críticos en la obra platónica de esta afectación, porque habitualmente se presenta como humilde investigador que quiere aprender de los que saben más que él, cuando es evidente que es superior intelectualmente. De esta suerte, su pretendida falta de conocimientos se toma como ficticia excusa para limitarse a la fácil tarea de poner de manifiesto las deficiencias de los otros. La propia convicción de Platón, desde luego, es que las declaraciones de Sócrates son perfectamente serias. Se llama ignorante por la misma ra-

zón por la que no aprecia la sabiduría de que se vanaglorian algunos de sus contemporáneos: posee un sólido y exacto patrón de lo que debe ser el verdadero saber, y por consiguiente, sabe cuán lejos están, él y todos los demás, de alcanzar ese patrón. Por lo tanto, sólo él tiene la capacidad de verse a sí mismo y al resto de la humanidad, en sus verdaderas proporciones, y el contraste entre las pretensiones de los hombres y su realización apela a su sentido de humorismo.

La casi universal adopción de un lenguaje simbólico, tomado de la pasión sexual, que hacen los místicos de todos los tiempos y lugares parece indicar una relación verdadera entre el temperamento místico y el erótico. Es evidente que Sócrates no era una excepción a esta regla, y como consecuencia de las costumbres de los círculos elegantes de su tiempo, toma sus imágenes del vocabulario de la amistad romántica entre personas del mismo sexo. El ejemplo más notable es proporcionado por lo que Platón dice acerca de la famosa relación entre Sócrates y su brillante concludadono Alcibiades, hombre quince o veinte años menor que él. Esta relación que debía datar del tiempo en que Alcibiades era todavía un mozalbeta y Sócrates un hombre de treinta y tantos años, es descrita por Platón en el lenguaje de la pasión romántica, y lo dicho por Platón se ve confirmado por una frase que aún se conserva y que fue puesta en boca de Sócrates por Esquines en su diálogo «Alcibiades». Jenofonte permanece en silencio, naturalmente, acerca del afecto de Sócrates por Alcibiades, que fue uno de los cargos principales contra él de acuerdo con la manera de pensar de los políticos demócratas que lo llevaron a juicio; pero coincide con Platón al decir que Sócrates acostumbraba hablar a sí mismo, en broma, como de una víctima perpetua de Eros y como un maestro en la *ars amoris*. Tanto Platón como Jenofonte ponen perfectamente en claro que tal lenguaje era broma y debemos tener cuidado en no mal interpretarlo. La absoluta pureza moral de Sócrates es el supuesto del relato de su «tentación» puesta en boca del propio Alcibiades en el «Banquete», y la intención al tratar este tema en los grandes diálogos «eróticos» de Platón, «El Banquete» y «Fedro», es discernir entre el *amor mysticus* y las corrupciones sensuales o sentimentales.

De cómo Grecia construyó al hombre

A raíz de la aparición en castellano de la *Paideia*, de Jaeger, Alfonso Reyes escribió este admirable resumen, el que hasta la fecha no se ha recogido en libro. Lo ofrecemos ahora para regocijo de lectores.

por Alfonso REYES

LOS hábitos de conservación de la especie se transmiten instintivamente en las generaciones animales y, prácticamente o en un sentido macroscópico, no progresan. Sólo la especie humana posee la capacidad de comunicar, de una a otra generación, conquistas nuevas. Y es porque las hace conscientes; porque —grosso modo dicho— las capta sensorialmente en el aparato afectivo del «tálamo» y luego las discierne en el aparato discriminador del «cortex» (retardación nerviosa que se vuelca en aceleración histórica o arte de «festinar lento»); y todavía después las guarda y transmite por medios extrafisiológicos. Así opera la característica humana, el «time-binding» de Korzybski («Manhood of humanity»). Esta transmisión consciente de las conquistas es la cultura.

El carácter de un pueblo es función de dos datos y su movimiento: su historia y su ideales. Los ideales han de estudiarse en la historia, como desprendimiento de ella y como reacciones de ella. La cultura es el agente plástico. Se aplica de modo inmediato sobre el individuo, pero tiene una finalidad social. Por cultura se entiende a veces todo el modo de vivir de cualquier grupo humano, concepto antropológico que lo mismo se aplica al Asia que a Oceanía. Pero si por cultura entendemos el descubrimiento y valoración de la persona humana, tal como ha llegado a enraizar en la civilización occidental, al punto de asumir la solidez de evidencia ética, entonces para nosotros no habrá más cultura que la inventada por Grecia, y luego propagada por Roma y por el Cristianismo. Somos pueblos heliocéntricos. A su vez, la cultura helénica es antropocéntrica. La obra por excelencia del genio griego es el Hombre. Las artes plásticas y visuales son el complemento y adorno de la función religiosa, aunque las invada el mismo ideal. Pero el ideal se procura directamente a través de las artes acústicas o espirituales:

la música, la filosofía, la poesía, la historia, la retórica.

«Paideia» es la modelación paulatina del ideal del hombre, y aun de cada hombre en relación con ese ideal. Y esto no sólo en el modesto sentido escolar o educacional, sino entendiendo en el concepto la suma de todas las energías sociales que obran sobre el individuo a lo largo de su vida, y establecen esa posibilidad de convivencia humana que es la Polis, el grupo policiado. Como decía Rodó, mientras vivimos nuestra personalidad está sobre el yunque. Y la verdadera escuela de los griegos era la ciudad, la calle, el mercado, la discusión, el ágora y lo que hoy llamaríamos «la tertulia». Las energías de la Paideia son determinantes y manifiestas en la ciudad griega. El gobierno ni siquiera se preocupó jamás de intervenir en la educación puramente escolar, en los gimnasios de niños y adolescentes, ni en la educación superior de filósofos y sofistas; todo lo cual (fuera de la institución oficial de la «efebia», especie de instrucción militar con alfabeto y ábaco) se abandonaba a la iniciación privada. Porque la verdadera formación definitiva del ciudadano resultaba del trato y roce con aquellas energías ambientes que Jules Romains llamaría «las potencias de la ciudad». Sólo el Imperio Romano, por lo mismo que propagaba una Paideia no nacida espontáneamente de su propio suelo, sino heredada de Grecia, nombró más tarde profesores de Estado y tomará por su cuenta, en la propia Grecia como en las otras colonias, la organización escolar, y la que hoy llamaríamos universitaria.

Al colar por el tamiz de la razón el espectáculo del universo, el griego—primero entre todos los pueblos—lo concibe como una estructura de conjunto, como un organismo sujeto a leyes universales. E interpreta su deber terrestre como una investigación de esas leyes, para aplicarlas a la conducta humana y dar así al

hombre su verdadero lugar en la naturaleza. Ahora bien, en las actuales horas de desconcierto, es indiscutible la conveniencia de proceder a la exposición de la antigua Paideia, exposición saludable que devuelva el temple a nuestro acero. Tal exposición nunca antes había sido atacada de frente como un estudio integral de reacciones entre hechos históricos e ideales, y tal es el objeto de la obra de Jaeger.

Las anteriores palabras procuran dar la base filosófica de esta obra, aunque en ellas, para ir de prisa, hemos deslizado expresiones propias y, para destacar algún rasgo, observaciones propias. Veamos ahora cómo se desenvuelve la obra.

El ideal comienza naturalmente por ser un germen; llega a plenitud después del colapso del Imperio Ateniense. Más tarde intenta derramarse con la «homonoia» alejandrina; y al fin lo logra con el orbe romano, para inspirar luego sentido católico o universal del Cristianismo. El volumen primero debe considerarse, así, como una introducción a la República de Platón, en el que el ideal cristaliza, a reserva de descomponerse nuevamente en ulteriores latidos. El volumen segundo podrá considerarse como una introducción a San Agustín. Pues desde ahora se vislumbra en el término de nuestro viaje por la «Paideia», la imagen de la «Civitas Dei», aunque generosamente entendida y fuera de todo dogmatismo.

El ideal parte de una base física, bruta: casi del vigor animal del hombre, pronto dignificado en el vigor militar y, pronto también, en privilegio de aristocracia. La creación del núcleo selecto es siempre el primer paso de la integración social. Hasta donde es dable investigar la Grecia arcaica a través de las reliquias literarias y las reminiscencias ulteriores, tal ha sido la iniciación del proceso: «areté y nobleza» andan juntas en los poemas homéricos. Lo que ofusca otros criterios naciendo

tes de estimación, puesto que Odiseo, por ejemplo, es más apreciado por su astucia que por su bravura, o por su astucia en la bravura que por su sola bravura. El fenómeno se explica claramente ante el espectáculo guerrero (el «time of troubles», que llama Toynbee) de las grandes emigraciones. El Estado-Ciudad heredaría este «noblesse oblige», este código de obligaciones de la nobleza fijado por la tradición poética para generalizarlo, poco a poco, en un código moral humano; y la Polis derivará sus cánones estimativos de la antigua práctica aristocrática (liberalidad, magnanimidad, etc.). De aquí la severa norma del «aidós», cuyo flaqueo provoca la «némesis» (dignidad e indignación). De aquí el sentimiento de emulación, la ambición; y la santidad de la victoria difícil o del triunfo de la aventura heroica («aristeia»). De aquí la boga de los certámenes y los premios, cuya prefiguración son los juegos fúnebres a la muerte de Patroclo.

La nobleza del acto no puede ser sin la nobleza del espíritu. Fénix quiere que su discípulo Aquiles—paradigma humano fusión de Odiseo y de Ajax—sea tan guerrero como retórico, en aquel célebre pasaje que servirá al «elocuente arpinate» para establecer un primer esquema de la historia de la educación («De Oratore»). El camino queda abierto para una mayor depuración del ideal arcaico.

El honor, la buena fama, vienen a ser la primera prueba—externa—de la dignidad intrínseca. Poco a poco, la estimativa gravitará del campo objetivo hacia el subjetivo, de suerte que en Aristóteles ambos se armonizan, y ya en Schopenhauer priva «lo que es» sobre «lo que se representa». Como ser deshonrado era la anulación de la personalidad, los héroes homéricos se tratan «con respeto» y reclaman lo que se les debe. Elogio y censura vendrán a ser la expresión de los valores sociales: la conciencia griega era eminentemente una conciencia pública. El cristiano podrá llamar vanidad al honor: no el griego, para quien era el medio de situar su persona en un valor trascendente de bien social, círculo de verdadera deificación que sólo se completa en la muerte, en la gloria. Valor, dignidad, honor, gloria, emulación... ¡celos! Lo mismo gobierna a los humanos que a los terribles dioses, especie de humanos gigan-

tes, siempre vengativos de cualquier transgresión, verdadera casta aristocrática de inmortales. Y la piedad consiste en rendir honor a los dioses.

El honor ofendido va más allá de lo que hoy llamamos patriotismo; así se explica la cólera de Aquiles, ante un agravio despótico que viola leyes universales; así la locura y muerte de Ajax, desesperado al verse desposeído de las armas de Aquiles, de que se consideraba el natural heredero.

La era democrática no desterrarán del todo esta tradición del honor aristocrático, sino más bien la transformará, en el mismo sentido en que un escritor contemporáneo llamó al trabajo «el nuevo honor». Tal tradición palpita visiblemente en el «orgullosos» de Aristóteles, sólo que su orgulloso ha de serlo con motivo justo. La areté sólo se realiza por la autoestimación. De esta suerte anula Aristóteles el conflicto contra su época ya «altruista»: el sacrificio por el ideal es la más alta prueba del verdadero amor a sí mismo. Sólo por aquí «se entra en posesión de la belleza»; frase reveladora que acude reiteradamente, y que descubre todo el sentido heroico de la vida helénica; anhelo de perpetuación que inspira, en Platón, el discurso de Diótima sobre los poetas y los legisladores. La filosofía ateniense prolonga las nociones homéricas en el ideal de la areté. Muchas pretendidas ideas académicas o liceanas no son más que herencias. Sino que las normas de clase social han sido expandidas y sublimadas por la filosofía en normas éticas universales. Véase cómo se van atando los eslabones en esta cadena de ideales, trabajada sobre la estructura del mundo.

Seguir paso a paso la comprobación seña. Los sucesivos capítulos consideran más de cerca las etapas antes descritas a grandes rasgos, y van irradiando luz sobre todos los caminos del alma helénica. Daremos sólo el primer ejemplo.

En punto a la cultura y educación de la nobleza homérica, la graduación histórica entre la «Iliada» y la «Odisea» (cuyos pasajes más importantes a nuestro objeto datan ya de mediados del siglo VI A.C.) nos permite apreciar escalas interiores dentro de la etapa; desde la aristocracia guerrera, para quien la paz es un entreacto estorboso, hasta las aventuras personales del héroe

fuera de la guerra, que nos conducen a la pintura de la vida pacífica. Tal evolución temática arrastra consigo un dinamismo consiguiente del ideal humano. El campamento se ha vuelto sociedad. La épica deriva hacia la novela, y ésta nos deja ver aspectos de la antigua existencia que la épica eliminaba premeditadamente, sin que estorbe para el examen de la mezcla evidente, en la «Odisea», de elementos realistas y elementos orientalmente fabulosos. El ideal aristocrático de la «Iliada» resalta entre las sátiras del caricaturesco y miserable Tersites; el de la «Odisea», más refinado y preñado de artes prudentes, resalta por el contraste con los desmanes de «los barones de las islas», como les ha llamado Bérard. Y todo ello pone de relieve el sentimiento del «decoro», sobreentendido aun en las escenas de exceso, y las prácticas de la «cortesía». Los supuestos de la vida aristocrática nos aparecen nitidamente; residencia fija, posesión territorial, respeto de la tradición y, además, buena educación en el sentido más completo del término. Entre la aristocracia y las clases bajas, obra, para la vida diaria, la benignidad patriarcal, sin por eso deshacer las fronteras de la cultura, ni perturbar la «disciplina» de la nobleza.

Nace, además, una nueva erótica, con la definición del ideal occidental de la «dama»: Náusica y Penélope, el capullo y la flor; el capullo en todo el dolor de reventar, y la flor que llega al límite de marchitarse y soltar su aroma en «rosada que más vale», como en el verso del Rabí Don Sém Tob. Elena, cuya belleza desarmaba el juicio de los ancianos de Troya, es devuelta a la virtud casera en Esparta, y ya no es amante sino esposa. En esta época propiamente caballeresca, la mujer alcanza un valimiento nunca igualado en la Grecia histórica. En el popular Hesíodo, la mujer vale por la utilidad de su cooperación para las faenas del hombre; en la sociedad helénica que ya conocemos por testimonio directo, vale como madre de hijos y guardiana de usos familiares. Pero en la edad caballeresca, la mujer adquirió cierto prestigio místico: la reina de los feactos, Aretea, es punto menos que una diosa; y cuando Odiseo implora hospitalidad, no se dirige al rey, sino que, aconsejado por la ingenua diplomacia de Náusica, abraza las rodillas de

la reina como si fuera árbol consagrado. En la «Iliada», todavía Agamemnon se atreve a declarar abiertamente que impondrá en su hogar a la esclava de guerra Criseis, porque prefiere su ingenio y sus encantos a las cualidades menos deslumbrantes de la propia esposa Clitemnestra (y sin duda los aficionados de la vieja literatura comparten el gusto de Agamemnon). Pero ya en la «Odisea», averiguamos que el abuelo Laertes, «renombrado por su limpia vejez», nunca ocupó el lecho de la esclava Eucleya por mera consideración a su esposa. La dama ha maniatado al guerrero, y de este delicado combate nace la hermosa del trato entre la transparente Nausica y el macizo Odiseo, que tenía sus puntas y ribetes de «bribón con ángel».

Estos pasajes, que hemos comentado a título de ejemplo, dan idea de cómo el autor dibuja anteriormente el contorno de su tesis, y permitirán prever al lector la inmensa riqueza de la obra y la vivificación del mundo helénico que de ella resulta. Todas las imágenes de Grecia adquieren sentido al fulgor de Paideia y se nos acercan, animadas como aquellas sombras del Averno que resucitan junto al pozo de sangre: el tutor o ayo y sus consejos; el orador y su función social persuasiva; el contraste entre la inquietud sobrehumana de Aquiles y la dulce plasticidad de Telémaco, revelada en la novela pedagógica que es la «Telemaquía»; el código nobiliario de Homero; las aspiraciones del labriego en Hesíodo; la educación de Estado en Esparta, sus tipos, su proyección filosófica, y su expres-

sión suma en Tirteo; los principios de justicia del Estado-Ciudad; los modelos de personalidad que proponen o delatan la poesía jónica y la eólica; la obra de Solón en la cultura política de Atenas el orden universal según la especulación filosófica, y sus consecuencias sobre la conducta; el código aristocrático según el ejemplo de Píndaro; el conflicto y la transformación ante la marea de nuevas clases; la policía cultural de los Tiranos. Todo lo cual nos da el trazo de la vida arcaica.

En seguida, la mente de Atenas se nos ofrece a través de los algo rudos cristales de Esquilo, los caracteres trágicos del armónico Sófocles, los torbellinos de la sofística y los orígenes de la ciencia social, los problemas revolucionarios de tiempos de Eurípides, las reacciones de Aristófanes (sólo cómicas en la superficie), la filosofía política de Tucídides, quien instaura a Atenas como escuela de Grecia siguiendo las altas inspiraciones de Pericles.

El ideal de la Paideia salvará a Grecia y la erigirá en vencedora de sus vencedores. Alejandro, al regreso de sus campañas, declarará que se esfuerza por merecer el aplauso de los atenienses a quienes acaba de vencer. Cuando Atenas, bajo el imperio de Roma, ha dejado de ser para siempre un peligro político, comenzará a ser, consagrada y deificada, el museo político del mundo. No el museo muerto, no: la galería ejemplar propuesta por siempre a las hazañas de la cultura.

Hemos visitado a Werner Jaeger recientemente, en su casa de

Watertown y en su celda universitaria de Harvard. No olvidaremos su serena profundidad, y la naturalidad con que se transporta de la sencilla conversación hasta el plano significativo de las ideas. Prosiguiendo su investigación sobre la modelación del Hombre a través de la historia, se encuentra ahora consagrado al estudio de Gregorio Nacianceno, y toma arranque en el punto y hora en que la magna obra de los benedictinos quedó interrumpida por la Revolución francesa. En la plena «aome» de su edad, Jaeger ha alcanzado ya una autoridad que todos acatan. Tras varios lustros empleados en la interpretación de Grecia, sus anteriores monografías dan los fundamentos del saldo que ahora recoge y organiza en la «Paideia», y le permiten reconocer a simple vista el panorama propuesto, con gustosa rapidez y con manifiesta seguridad. Asumiendo el compromiso de dar a las palabras toda su responsabilidad y su peso, podemos decir brevemente: Werner Jaeger, en la «Paideia», ha escrito una obra de valor permanente, y una guía para los ideales constructivos de la civilización que defendemos.

Dejamos de lado, por consabidos, los méritos de la traducción hecha por el profesor Joaquín Xirau, cuyo dominio de la lengua alemana, fuerte temperamento filosófico y dones de estilo ni siquiera están en tela de juicio. Y felicitamos a los editores que, con esta publicación, continúan ensanchando generosamente su primitivo y limitado plan de especialistas en la Economía.



De la poesía y de los poetas

«Y abriendo otro libro, vio que era «Palmerin de Oliva», y junto a él estaba otro que se llamaba «Palmerin de Inglaterra»; y lo cual visto por el licenciado dijo:

Esa Oliva se haga luego rajás y se queme, que aún no que'en de las cenizas; y esa Palma de Inglaterra se guarde y se conserve como a cosa única, y se haga para ella otra caja como la que halló Alejandro en los despojos de Darío, que la diputó para guardar en ella las obras del poeta Homero.»

— «¡Ay, señor! — dijo la sobrina —, bien los puede vuestra merced mandar quemar como a los demás, porque no sería mucho que habiendo sanado mi señor tío de la enfermedad caballerescas, leyendo éstos se le antojase de hacerse pastor, y andarse por los bosques y prados cantando y tañendo, lo que sería peor, hacerse poeta, que según dicen es enfermedad incurable y pegadiza.»

— «Este libro es — dijo el barbero abriendo otro — «Los diez libros de Fortuna de Amor», compuestos por Antonio de Lofraso, poeta sardo.

— Por las órdenes que recibí — dijo el cura —, que desde que Apolo fue Apolo, y las musas musas, y los poetas poetas, tan gracioso ni tan disparatado libro como éste no se ha compuesto, y que por su camino es el mejor y el más único de cuantos deste género han salido a la luz del mundo; y el que no lo ha leído, puede hacer cuenta que no ha leído cosa de gusto. Dádmelo acá, compadre, que precio más haberle hallado que si me dieran una sotana de reja de Florencia.»

— Este grande que aquí viene, se intitula — dijo el barbero — «Tesoro de varias poesías».

— Como ellas no fueran tantas — dijo el cura —, fueran más estimadas: menester es que este libro se escarde y limpie de algunas bajezas que entre sus grandezas tiene: guárdese porque su autor es amigo, y por respeto de otras más heroicas y levantadas obras que ha escrito.

— Este es — siguió el barbero — «El cancionero», de López Maldonado.

— También el autor de este libro — replicó el cura — es grande amigo mío, y sus versos en su boca ad-

miran a quien los oye, y tal es la suavidad de la voz con que los canta, que encanta: algo largo es en las églogas, pero nunca lo bueno fue mucho; guárdese con los escozidos. Pero ¿qué libro es éste que está junto a él?

— «La Galatea», de Miguel de Cervantes — dijo el barbero.

— Muchos años ha que es grande amigo mío ese Cervantes, y sé que es más versado en desdichas que en versos. Su libro tiene algo de buena invención, propone algo, no concluye nada; es menester esperar la segunda parte que promete; quizá con la enmienda alcanzará del todo la misericordia que ahora se le niega; y entre tanto que esto se ve, tenedlo recluso en vuestra posada.

— Señor compadre, que me place — respondió el barbero —; y aquí vienen tres, tolos juntos: «La Araucana», de Alonso de Ercilla, la «Austriada», de Juan Rufo, jurado de Córdoba, y «El Monserrate», de Cristóbal de Virués, poeta valenciano.

— Todos estos tres libros — dijo el cura — son los mejores que en verso heroico en lengua castellana están escritos, y pueden competir con los más famosos de Italia: guárdense como las más ricas prendas de poesía que tiene España.

Cansóse el cura de ver más libros, y así, a carga cerrada quiso que todos los demás se quemasen; pero ya tenía abierto uno el barbero, que se llamaba «Las lágrimas de Angélica».

— Lloráralas yo — dijo el cura en oyendo el nombre — si tal libro hubiera mendado quemar, porque su autor fue uno de los famosos poetas del mundo, no sólo de España,

y fue felicísimo en la traducción de algunas fábulas de Ovidio.

«Don Quijote» — Libro 1º — Capí VI

— Así es — replicó Sansón —; pero uno es escribir como poeta, y otro como historiador: el poeta puede contar o cantar las cosas no como fueron, sino como debían ser; y el historiador las ha de escribir no como debían ser, sino como fueron sin añadir ni quitar a la verdad cosa alguna.»

Idem — Segunda parte — Cap. III

— «Los hijos, señor, son pedazos de las entrañas de sus padres, y así se han de querer, o buenos o malos mas que nos dan vida. Y en lo de forzarles a que estudien esta o aquella ciencia, no lo tengo por acertado, aunque el persuadirles no será dañoso; y cuando no se ha de estudiar para «Pane Lucrando», siendo tan venturoso el estudiante que le dio el cielo padre; que se lo dejen, sería yo de parecer que le dejen aquella ciencia a que más se le viere inclinado; y aunque la de la poesía es menos útil que delectable, no es de aquéllas que suelen deshonorar a qu'en la posee. La poesía, señor hidalgo, a mí parecer, es como una doncella tierna y de poca edad y en todo extremo hermosa, a quien tienen cuidado de enriquecer, pulir y adornar otras muchas doncellas que son todas las otras ciencias, y ella se ha de servir de todas y todas se han de autorizar de ella; pero esta tal doncella no quiere ser manoseada, ni traída por las calles, ni publicada por las esquinas de las plazas, ni por los rincones de los palacios. Ella es hecha de una alquimia de tal virtud, que quien la sabe tratar la volverá en oro purísimo de inestimable precio. Hala de tener el que la tuviere, a raya, no dejándola correr en torpes sátiras ni en desalmados sonetos; no ha de ser venible en ninguna manera, si ya fuere en poemas heroicos, en lamentables tragedias, o en comedias alegres y artificiosas...»

— «Riña vuesa merced a sí hijo, si hiciere sátiras que perjudiquen las honras ajenas, y castigule y rompaselas, pero si hiciere sermones al modo de Horacio, donde reprenda los vicios en general, como tan elegantemente él lo hizo, alábele; porque lícito es al poeta escribir contra la envidia, y decir en sus versos mal de los envidiosos, y así de los otros vicios, conque no señale persona alguna.»



Parábolas de Han Ryner

DE MI SABIDURIA

La ruta que yo sigo, a veces tengo la impresión de crearla, de abrirla el primero a través de los árboles espinosos y floridos del bosque que por la ladera asciende. Pero también a menudo siento que otros hombres pasaron por allí antes que yo. En los troncos más viejos leo nombres grabados: Sócrates, Aristipo, Diógenes, Zenón, Epicteto. El niño, en el vientre de su madre, atraviesa en algunas semanas el camino donde, al decir de los evolucionistas, el animal se ha arrastrado durante milenios para llegar al hombre. Para ascender hasta su propia luz, todo amigo de la sabiduría abre un sendero que las zarzas y las corolas obstruyen detrás de cada uno que pasa y que, sin embargo, es el más glorioso de los caminos históricos.

Nada se aprende si no es de uno mismo y de las circunstancias de su propia vida. Sólo la experiencia directa es verdaderamente educadora. No obstante, todo sucede como si uno se dejara guiar por las lecciones extrañas. Que los que detrás de nosotros vengán se guarden por lo tanto de obedecer a las palabras exteriores. Las encrucijadas son demasiado numerosas en las que se arriesgarían a escoger mal, a tomar, detrás de los doctores de mentiras, la ruta que desciende o la que lleva a los abismos.

Incluso si se llegara a evitar todo error, yo no encontraría detrás de otro, la felicidad que me es conveniente. Entre las palabras de los mejores, hay algunas que mi espíritu rechaza, como también mi carácter o mi corazón. Nadie más que yo puede crear mi armonía, respetando los matices que la hacen preciosa y única.

No es Sócrates, sino un seguro instinto el que me ha llevado a mirar en mí mismo, a buscar únicamente, no por cierto el conocimiento metafísico, sino al menos el conocimiento crítico del asunto: ¿qué es lo que quiero? y, ¿qué es lo que puedo?

Quiero la felicidad. Ingenuamente, creí primero hallarla en lo que la muchedumbre llama placer. Pero el placer, servido como a un amo, no utilizado como un medio, fue para mí creador de sufrimientos y decepciones. Por eso comprendí muy pronto que la primera condición de la felicidad, es la maestría de sí mismo. Entre los compañeros de este principio de viaje, vi al sonriente Aristipo.

Un conocimiento más claro de mí mismo me enseñó que no tenía ninguna necesidad de poseer las voluptuosidades pobres que provienen del exterior. De afuera, sólo he pedido una cosa: no hacerme dolor, no turbar la actividad espontáneamente alegre que yo soy. Evitar hambre, sed o frío, las privaciones que arrancan las alegrías de pensar, de soñar, de amar y que turban mi ritmo

natural, cosa suficiente para que yo siga siendo una llama continuamente ascendiente de felicidad. Este resultado que me iguala a los más grandes hombres de todos los sueños, como lo obtengo muy barato, sin casi concurso exterior, poca cosa me cuesta: un pedazo de pan y, en la cuenca de mis manos, algunas gotas de agua. Y en una emoción de seguridad, he mirado en torno mío. Me encontraba en el jardín de las puras y elegantes delicias, en el que me sonreían viejos amigos: Epicuro, Metrodoro, Leoncia.

Pero no es siempre el dolor evitable y a veces la vergüenza de huirlo, sería para mí una perturbación peor que el esfuerzo por sostenerlo. Desde que me he enriquecido con esta nueva inquietud, me he inclinado totalmente al lado de la filosofía de la fuerza defensiva. Después de este recodo del camino, en la dura cuesta, mi pensamiento, tendido e irritable como un esfuerzo de convalesciente, se afeó por algún tiempo a causa de no sé ya qué agresivo desprecio hacia los hombres. Próximos a mí, Antístenes y Diógenes me animaban igualmente para que subiera e injuriase la cobardía de abajo.

Por medio de un nuevo progreso, me he despedido de toda hostilidad. Un subjetivismo más puro me ha enseñado que solamente mis acciones interiores dependen de mí. Su resultado se me hace extraño como la piedra que mi mano ha lanzado y a la cual no puedo modificar la dirección. Forma parte de esas «cosas indiferentes» de los filósofos de la antigüedad y que un pensador moderno llama « los fortuitos ». La felicidad del prójimo no puede ser la obra de mi violencia. Por mucho que mi voz grite, ¿por qué prodigio podrá hacer oír a los otros su voz interior? ¿Qué paradójica influencia permitiría que mis esfuerzos por los otros, crearan la actividad de éstos? Un viviente no puede construirse desde afuera. ¡An!, cómo es necesario que mi intervención sea oportuna, prudente y comedida, para que no se arriesgue en producir un mal! ¿Qué fuerza extranjera puede empujar a los hombres hacia el paraíso, si éste no les es exterior? Los gestos apostólicos, multiplicados por los cínicos, no logran más que irritar. A Diógenes le falta una virtud: la que enseña, sin renunciar a uno mismo, a no herir a los hombres con palabras duras y para ellos incomprensibles; la que, cual tolerancia florida, hacía que Spinoza interrogara a su buena huésped sobre el último de los sermones pronunciados. Amor inteligente y complaciente, permitía a La Boetie moribundo, escoger entre los aspectos de la verdad para decir a su mujer desconsolada vagas esperanzas de curación, mientras que a Montaigne, corazón valiente, le exponía las razones filosóficas por su muerte tan temprana.

Llamaban a esta virtud los estoicos **oikovomia**; Agustín la llama **dispensatio**. El europeo occidental no tiene para designarla más que una palabra usada por los siglos y vaciada de su rico contenido anterior: **discreción**. Yo le devuelvo su pérdida plenitud y tal vez un poco más: le hago significar ese haz de caridad, de sonrisa y de afectuosa reserva que permite ver qué cantidad de verdad cada uno soportará, no lanzando nunca encima de las espaldas de los débiles una carga demasiado pesada. Así comprendida, la discreción supone un último y difícil desprendimiento de sí mismo; supone que nuestro orgullo y nuestra humildad se han purgado de toda vanidad, que la constatación de nuestra impotencia casi absoluta sobre el exterior ya no ha de irritarse con esfuerzos rechinantes. Nuestro esfuerzo útil, en efecto, será casi siempre interior y subjetivo. Es mi solo pensamiento el que puedo encender. Pero que se vuelva un fuego de más en más grande a fin de llevar hacia los que tienen frío en las tinieblas, cada vez más luz y más calor. **Oikovomia** de los estoicos, ¿no eres la virtud que practicaba Jesús cuando, negándose ya a agitar hacia los vendedores del Templo un látigo que hería los cuerpos sin cambiar los pensamientos, decía: «Soy dulce y humilde de corazón?» **Oikovomia, dispensatio,**

discreción, última expresión de la virtud, sonrisa suprema y la más alta flor del subjetivismo, libérame de toda aspereza apostólica y de toda cólera contra los débiles. Elevado por la esperanza o la alegría de ayudar a los que quieren buscarse a sí mismos, me prometo de nunca más injuriar a los otros en el absurdo deseo de convencerlos, y es así como apercibo en torno mío las heroicas sonrisas de Zenón, de Cleanto y de Epicteto.

NOTA. — Por su conclusión, cabe decir que la sabiduría de Han Ryner, es primordial y esencialmente estoica. O mejor dicho **neostoica**. Al efecto, debo mencionar aquí lo que a su debido tiempo expresó sobre el gran misionero del estoicismo: «Por diversas razones, posiblemente deje insatisfecho al espíritu más fraternal. Por eso recomiendo a los hombres de buena voluntad, la asidua lectura del «Manual de Epicteto». En él, mejor que en otras partes, se encuentra la precisa respuesta a nuestras inquietudes y a nuestras dudas. En él, mejor que en otras partes, quien capaz sea del verdadero valor, encontrará ese valor». — V. M.

Próximo artículo: «No me escuches».



LAS DIFICULTADES DE FIDEL

«Que el traidor no es necesario, siendo la traición pasada».

CALDERON.

ESTE célebre médico y químico suizo, nació en Einsiedlen (Suiza) en 1541. La importancia de tan ilustre precursor de la Medicina moderna, el primero que observó directamente los fenómenos de la Naturaleza, convirtiéndolos en punto de partida de sus entonces novísimos sistemas curativos, ha sido desvirtuado por la turba de sus enemigos, y por los discípulos que, interpretando torcidamente el claro criterio del maestro, hicieron de él un prototipo de los magos, alquimistas y astrólogos medievales.

Nada más lejos de la verdad. Paracelso reprobó con firmeza toda práctica supersticiosa y más que ninguna la Astrología y la locura de la Edad Media, prolongada hasta los linderos de la Edad Moderna, o sea el arte de hacer oro, quimera perseguida durante centenares de años.

El verdadero nombre de Paracelso era Felipe Aurelio Teofrasto Bombast de Hohenheim, hijo natural de un noble de Suabia y médico que sucesivamente ejerció su profesión en Einsiedlen y en Villach (Carintia). Guiado por el autor de sus días, dio Paracelso los primeros pasos en el arte de curar; pero deseando visitar y adquirir grandes conocimientos recorrió casi todas las comarcas y Universidades de Europa, escuchando a los profesores de más fama, consultando a los mejores prácticos, y aun a los barberos — de popular importancia médica entonces —, a los alquimistas y a los magos. Bien pronto adquirió el convencimiento de cuán equivocados e inciertos eran los conocimientos médicos de su siglo y se propuso reformar radicalmente la terapéutica.

Infinitos sinsabores, persecuciones y peligros sin cuento, le proporcionaron la inquietud de su espíritu y el radicalismo de sus ideas científicas y sociales. Púsose abiertamente en contra de los viejos principios médicos de su época, abandonando a los textos griegos y árabes, en plena privanza en aquella época y, cerrando los libros, propúsose ajustar su ciencia a la Naturaleza. Poseedor ya de una gran experiencia, merced a sus viajes e incesantes estudios, quiso, no obstante, aumentarla, y al efecto emprendió nuevas peregrinaciones, de las que sólo sabemos que figuró como cirujano en varias cempañas en Italia, los Países Bajos y Dinamarca. Entonces conoció varios remedios enérgicos, descubriendo las cualidades curativas del «láudanum». Merced a ellas, de regreso a Alemania, hizo varias curas maravillosas que le dieron gran fama, y por las que fue llamado a la Universidad de Basilea para en-

«Eres lo que muchos jóvenes y viejos: intrigante. Pero tus intrigas rezan sólo contigo. No estás satisfecho sin plantearte problemas trascendentales y regeneradores, problemas intrincados, pero con la particularidad de que una mujer los barre de tu mundo interior cuando ella quiere o cuando no quiere.» — (De « Quinet », ALAIZ).

(Aún quedan algunos ejemplares. Pedidos a nuestro Servicio de Librería)

Vidas

P A R A

señar la Medicina. Usó para sus lecciones, rompiendo viejas costumbres, la lengua alemana, porque a su juicio la ciencia de curar no debía ser sólo el secreto de algunos iniciados; de allí tomaron pie sus enemigos para decir que era tan ignorante que desconocía el latín, lengua literaria en aquella época.

Pero Paracelso no temió exponer públicamente sus innovadoras teorías. Atacó con violencia los sistemas anteriores, se atrevió a quemar en su cátedra las obras de Galeno y Avicena, salvando y haciendo excepción del padre de la Medicina, Hipócrates, cuyo principio « Cúrate a tí mismo » fue glosado y propagado por Paracelso en varias de sus obras. Censuró sin reservas los abusos que los rutinarios cometían a diario, y nunca se abstuvo de exponer sus ideas francamente ateas y demoleadoras de los principios sociales, religiosos y filosóficos de la época.

Todo esto le atrajo muchos enemigos, que enviaban los asombrosos resultados obtenidos por Paracelso en el tratamiento de las enfermedades. La mezquina envidia y los intereses creados que dañaba, se conjuraron contra él, llegando a amenazar su vida. Respondió en un principio con valentía el innovador a sus adversarios, pero enemistado con un canónigo, al que había curado, porque el tal canónigo consideró excesivo el precio de sus honorarios, éste, aprovechando la ocasión que se le presentaba para perseguir judicialmente al médico, obtuvo de las autoridades una acción contra Paracelso, y éste vióse obligado a huir de Basilea, antes de que le encarcelaran.

Puestos ya en el terreno de la vil calumnia y la persecución alevosa, sus enemigos no vacilaron en denunciarle como mago, alquimista, ateo y acusándole ante las autoridades civiles y eclesiásticas de tener tratos con el diablo, acusación terrible en aquella época.

Fugitivo siempre, llevando una vida errante, el ilustre médico recorrió la Alsacia y varias comarcas de Alemania, la Moravia, Carintia, etc., estudiando con cuidado las enfermedades de dichos países y curándolas sin que nadie supiera de quien se trataba.

Pero continuó criticando con dura frase el pedantismo y la ignorancia de la mayoría de sus colegas, y sus enemigos se vengaron intensifican-

por Soledad

agitadas

CELSEO

do la persecución, porque, a medida que la fama de Paracelso se extendía, y que él — secretamente, pero sembrando por doquier su ciencia — continuaba sus prodigiosas curaciones, crecía también el número de intereses dañados y de mezquinas envidias congregadas en torno a su gran figura.

Consiguieron del Comité Imperial de Censura que éste prohibiese la publicación de los escritos de Paracelso, malogrando su fama y quitando a la ciencia uno de sus más preciosos auxiliares. Sin embargo, a su muerte, creciente aún la fama del médico, engrandecida y aumentada por la leyenda que se formó alrededor de su silueta, sus obras fueron editadas con creces, hasta algunas que no eran suyas y que antes deshonran que favorecen la figura del ilustre hombre.

Vióse al cabo el sabio médico libre de persecuciones, merced a la protección de los Estados de Carintia, donde se estableció, y pasó en Salzburgo los últimos años de su agitada vida.

La base del sistema de Paracelso era el estudio profundo de la naturaleza. Quería una revisión completa de las nociones médicas transmitidas por griegos y árabes. Predicando con el ejemplo, relacionó los hechos y descubrió su ley. Poseyó el método científico y acreditó su perspicacia al decir que el médico no debe forzar a la naturaleza, sino seguirla con la mayor prudencia y variar sus remedios según las fases de la enfermedad. Admitía en cada organismo un motor secreto, el principio vital de los modernos, motor que vela por la reparación de las fuerzas y para eliminar las causas morbosas. Quiso fundar la Medicina en el conocimiento exacto de la naturaleza y de la química, la cual había estudiado bajo la dirección de su padre, del abate Tritemo y del famoso Segismundo Fugger.

Ideológicamente fue en absoluto racionalista, negando la existencia de toda divinidad y buscando explicación natural a todos los fenómenos. Y resulta verdaderamente pintoresco que a este hombre, de arraigados principios materialistas, la fantasía popular, desatada, le hubiese nimbado con tal aureola de misterio que hizo de él una figura casi fabulosa. Las supersticiones de la época, espoleadas por las calumnias preparadas por los interesados en dañarlo, y por otra parte la

admiración que causaban sus curas tomadas por milagrosas, su vida aventurera y libre, su tipo extraordinario, su vida reñida con todo prejuicio, su audacia, su intrepidez, y su indomable espíritu crítico y justiciero, tejieron alrededor de Paracelso una red de extravagantes cuentos, que desvirtuaron su figura y la hicieron casi irreconocible a los ojos de los historiadores que intentaron después reconstruirla y reivindicarla como una de las mayores glorias de la Medicina europea.

Hombre combativo y generoso jamás pensó en sacar provecho material de su ciencia. Muy despreocupado de las fórmulas, odió la adulación y el lujo, y las vanas preocupaciones morales de la época lo dejaron indiferente y desdeñoso. Nunca solicitó nada de los poderosos y su mismo orgullo y sentimiento de la justicia le acercó a las masas populares. Era de carácter jovial, un poco brusco en el hablar, despreocupado con la urbanidad y quizás aficionado con exceso a las mujeres, lo que dio nuevo motivo a sus enemigos para calumniarle, acusándole de inmoral, cosa falsa, pues supo siempre mantenerse digno de sí mismo y jamás se dejó dominar por los placeres viciosos.

Murió humildemente en el hospital de Salzburgo, rodeado de contados discípulos, con muerte serena y digna de los estoicos. Poco tenía y lo poco que le restaba lo legó a los pobres, con los cuales había convivido y a los cuales esforzó en comunicar y hacerles comprensible su ciencia, al contrario de los demás hombres sabios de la época, que procuraban que el pueblo permaneciese a oscuras, ignorándolo todo, para así poder elevarse sobre él, aunque sólo fuese con la deleznable ventaja de disponer de su vida comerciando con ella en un lenguaje desconocido por las víctimas. El latín, desterrado de sus pláticas y de sus escritos, era la lengua de los elegidos de su época. Paracelso rompió con la norma, hablando y escribiendo en el idioma popular, haciéndose entender con frases rudas y asequibles a todas las inteligencias, designando a los males con nombres inteligibles para los más ignorantes y curándolos con remedios cuyos secretos arrancó a la naturaleza en horas de estudio incesante y a cambio de una vida agitada e intensa.

Saludemos en él a una de las más ilustres figuras científicas de la Historia, que con Miguel Servet y Arnaldo de Vilanova, forma la trilogía de hombres inquietos, rebeldes y perseguidos por las tiranías religiosas y políticas de sus viejas creencias y preparando el camino a las profundas revoluciones en todos los órdenes de la vida.

MUNDO NECIO

Soy ya viejo y con lástima me miras,
mas aún tengo la fuerza de escupirte;
que otro modo no encuentro de decirte
el desprecio y la pena que me inspiras.

BAZAL

(«Vaso de lágrimas», (poemas de guerra, poemas del exilio, poesía de la muerte), 170 páginas, precio 3,50 NF. Pedidos a nuestro Servicio de Librería)

GUSTAVO

La luz apagada

I

Alfonsina Storni, mujer de desdichas.

Alfonsina Storni, cosida al infortunio con manillas de hierro.

Alfonsina Storni, sepultada voluntariamente en el mar del Plata.

Nacida en Helvecia y llevada a América aún no adolescente.

Infancia apenas infantil, grave y triste, de emigrante, en un páramo argentino.

Día a día, el Destino va trazando su drama: está muy venidero su drama y no lo siente rebullir.

Corren los años...

¿Qué hay dentro de ella, además de un poco de locura, que no se ve ni se oye y está presente? Un verme—el de la Fatalidad—royendo su alma y anublando despacio su existencia.

Pero el sol, a intervalos, descubre las nubes negras y el inmenso azul resplandece.

Crece en recelo de predestinación, en vocación de suicidio.

El desengaño trastorna el sistema de su vida, rota para siempre: la fe con el hijo del amor a sus pechos quiebra y viene al suelo.

¿Qué es el suelo, sino la peana iluminada de las criaturas? ¿No es el espacio del subsuelo? ¿Hace mejor clima en la gusanera?

Su aserto:

«En la ciudad erizada de dos millones de hombres, no tengo un ser amado.

Una hoja rodante, caída en la cuneta. Rosa de papel de colores que el viento acerca al abismo, chispa de minúsculo carbunco jugando a encenderse y apagarse.»

«Bravo león, mi corazón

tiene apetito, no razón.»

Apetito de morir y esperanza de no morir, como el varón de su verso, Sigfrido, tenía.

«Escalinatas lentas
descienden al agua
y llegan desvanecidas
a mis pies.

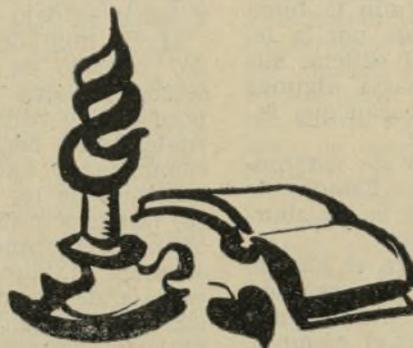
Por ellas
ascenderé
un día
hasta internarme
más allá del horizonte.
Paredes de agua
me harán cortejo
en la tarde
resplandeciente...»

Su última composición. «Voy a mo-

rir, aparecida en «La Nación», de Buenos Aires, dos días después del suceso, tiene el entono de una sentencia tribunalicia. ¿A quién le dijo adiós? ¿Qué mano amiga estrechó por última vez? ¿Alguno trató de apartarla del vértice de sus pensamientos atropellados, de sus turbulentas maquinaciones, con una reflexión cariñosa?...

Se sabe lo que es morir; lo que es más morir, no.

Con el postrer aliento de la carne combatida y vencida apagó de un soplo su luz para dormir eternamente en el fondo del mar, como Safo...



II

El camino que en las altas horas de la noche recorre la mujer está entapizado de sombras. Sus pasos, en cierto modo cautelosos, son firmes. Comprimese por efecto de la helor que le da en la cara y acelera la marcha. De arriba cuelgan invisibles seladices de humedad. Retiráronse los luceros y ennegreció la noche.

Burla burlando, el Malo embetunó el cielo.

El señor Enero ostenta un caparacho esmaltado de volutas de nieve: menos el cok, todo le viene bien.

Ha de hacer treinta y una de mano, y sólo cada veinticuatro horas da un paso adelante.

Llega la mujer a una plaza aforrada de negro con sarpullido de lucillas friolentas que medio resplandecen tras la gruesa pared de niebla.

¿Si como el anís escarchado fuera bueno beber el relente...!

Escapa de la mazmorra del reloj la hora.

¿Tiene o no la paseante conciencia de sus actos?

En un buzón colorado, semejante a una caja de barquillos, ha tirado una carta. ¿Para quién?

Para un señor que se llama Futuro Imperfecto...

Los diques de la dársena forman una calle interminable de arboladuras marineras a un extremo y de tinglados con mercancias a otro.

El sereno encapotado la distingue con la linterna sorda y nada le dice.

Por último, no hay más camino practicable, no hay más tierra firme donde asentar los pies que el acantilado sobre el abismo.

La ciudad queda atrás, disminuida, entregada al primer sueño: sólo el Silencio está en vela.

El puerto abre de par en par la boca.

Viento. Oleaje. Alanceo de mástiles.

Lejanas luces bermejas dejan en el mar un rastro de sangre.

¿Nadie llama a esta mujer a la reflexión y la libra de un mal pensamiento?

Ahogándose va a terminar su ahogo.

La inmensidad aparece más dilatada ante ella y el corazón se le encoge; mas como está hecha su decisión de morir, al llamamiento de una voz misteriosa reacciona.

De inmediato, el impulso trágico...

La pleamar la toma cayendo peso y en una sábana de agua, en una mortaja de espumas la envuelve.

¿Cómo fue su última impresión en el vacío?

En el vacío debió de quedar sin vida.

Una Nereida más: Alfonsina Storni.

III

Arrojar flores en el Plata donde por expresa voluntad caíste—nifeas, tulipanes, nomeolvides—, no es propio sino de tierra; y tú descansas de tus fatigas en el sepulcro de plantas acuáticas a lo ancho del mar.

Las mareas te habrán preparado otra hamaca lejos de la costa en que resuene con mayor estrépito el arriscado oleaje.

Pesabas tan poco, que tal vez la materia Storni no haya descendido hasta el fondo del abismo y te encuentres en una zona intermedia, mientras el espíritu Storni, fiel a ti, sobrenada.

¿Te vestiste de gala para este conubio? ¿Te echaste con tus preseas

al agua? ¿Guarda el Plata tu postrer desconocido poema para arrullo de tu sueño, alargada en el mar, por hartura de «El Mundo de Siete Pozos»?

Tus versos dicen que, como Larra, Ganivet, Quental, Lugones, Zweig, José Asunción Silva, habías de quitarle la vida. Te cansaste de esperar, que es tu falta. ¡Esperar, saber esperar...! Tu gloria ha venido, y ahora, licuándote, no la palpas.

Ya lo sé: si mucho en esta vida es la fama, nada posterior a la muerte. Los vivos pretenden revelar el mundo de los muertos por medio de placas veladas: la muerte es misterio que alucina.

Leemos:

«Unamuno, aunque la soportaba en sus entrañas desde la juventud, la va acusando conforme avanza en edad. Como el héroe de Tolstoi parece decir a cada momento: No, yo prefiero todo a la muerte. Goncourt escribe que semejante idea atormentaba la vida de Daudet. Zola temblaba ante la muerte, produciéndole depresiones y pesadillas que hacían difícil su sueño. En la maravillosa descripción que Zola hace del entierro de Flau-

bert deja traslucir la repugnancia que la terminación de la vida le produce. El mismo Goncourt confesaba que si pudiera desterrar de su conciencia el recuerdo de la muerte alliviaría un gran peso que le entorpecía para pensar y escribir. La Rochefoucauld pierde su clásico estoicismo, cuando, en un momento de angustia, hace que su pluma grite: «Ni el sol ni la muerte pueden mirarse cara a cara». Acaso la satisfacción de los muertos sea tal, que si pudieran se reirían de preocupaciones.

La vida es sendero angosto, la muerte camino ancho.

Tú, Alfonsina, perdido el valor del sufrimiento, a saber en qué situación de ánimo emprendiste el viaje. La inteligencia falló y quedaste a oscuras. Este eclipse primero fue parcial y, por último, total. Ya habías dedicado aquella composición deprimente a un león enjaulado:

Alguna vez te he visto durmiendo la tristeza, la melena dorada sobre la piedra gris, abandonado el cuerpo, con la enorme pereza que las siestas de fuego tienen en un país.

Y sobre tu salvaje melena enmarañada mi cuello delicado sintió la ten-

tación de abandonarme al tuyo, yo como tú, cansada de otra jaula más vasta que la tuya, león.

¿Y ahora en esa cama hídrica, espaciosa en demasía? Cerrar para siempre los ojos, voluntaria e involuntariamente, es triste. ¿Puede ser más que una gota de mar, más que una burbuja, más que un grano de arena?

Demás están las flores donde no hay vestigios de muerte. Tu caso es distinto del de María Duplessis, enterrada en el cementerio de Montmartre en 1847 y en cuya sepultura todos los años las modistillas de París depositan gran cantidad de flores.

Tú no tuviste entierro, pero acompañamiento de astros.

En la noche serena tu sombra alongada temblaba de miedo de ti.

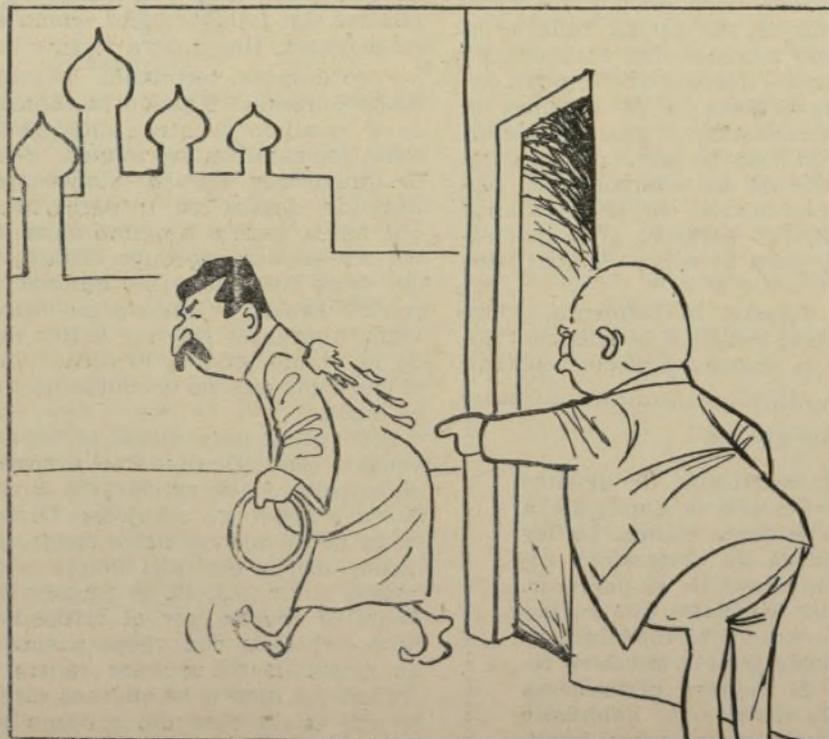
Tu cementerio es de agua.

Descansas en el seno del mar, sobre un túmulo de nácares y corales.

Las embarcaciones pasan por encima de ti y sus hélices ruidosas dejan un rastro de nítidas espumas.

... O de azucenas de las rosaledas del mar.

PUYOL.



— ¡Miserable!, dice el uno, y el otro dice... ¡Miserable!

ERASE un satírico que había ido descendiendo, hasta quedar en simple bufón. Libres, o casi libres todos los caminos cuando era joven, por todos se había lanzado. Reinaba en el mundo una larga paz burguesa, de comerciantes que han hecho buenos negocios y están satisfechos de su suerte. Las gentes a quienes el provecho de los negocios no había alcanzado, en espera de que les alcanzara, no rompían la tranquilidad de que en todas partes se gozaba. Había, sí, algunos descontentos — siempre los hay —; pero pocos: piedra arrojada en un lago. Pronto la confusión producida en las aguas desaparecía.

El satírico, abiertos los ojos, se burlaba de la calma, para él como de animales, en que los nombres vivían. La veía asentada en conformidad de los miserables, dondequiera numerosos, y la lástima que le inspiraba profundo menosprecio para quienes aun con su conformidad, les mantenían en semejante situación. Ni una de las miserias de éstos, de otro género, pero no menores que las de aquéllos, dejó poco a poco de serle evidente. Y a ellas dirigía las saetas de su sátira.

No bien disparadas, al principio. Más certeramente a medida que se adiestraba. Los que seguían, desde lejos o desde cerca, su ejercicio, tenían confianza en que todas, un día, partirían veloces al blanco. El arma estaba allí. Sólo faltaba el aprendizaje de su manejo. Muchas veces, al principio, la precipitación malograba el disparo. Se veían a dónde iba, pero no se le veía llegar a donde iba.

Antes de que ni una de sus saetas fallara, la calma en que el mundo reposaba fue turbada. No por los miserables: por los mismos que estaban satisfechos de su suerte. Puesta la de algunos en peligro, aquí y allá empezaron a avanzar ejercicios y a destruir, con la vida de parte de sus componentes, de gran parte de sus componentes, bienes durante siglos acumulados: en pocas manos que, por no perderlos, los perdían; pero que esperaban recuperarlos, para sí solos: compartirlos con menos.

El satírico estuvo, durante la tormenta, sobre casi toda la tierra caída, reducido al silencio. Había sustituido éste a la calma, y pocos tuvieron

LAS LEYES

La ley es una institución de agentes muy perniciosos. Cuando se empiezan a fabricar leyes no se acaba nunca. La ley profetiza; se encarga de determinar cómo obrarán los hombres en el porvenir. Sean cuales fueren los males que surjan de las pasiones humanas, la introducción de las leyes no puede ser el verdadero remedio. Mientras el hombre permanezca en las redes de la obediencia, habituado a regular su paso al de otro, su inteligencia y la fuerza de su espíritu continuarán paralizadas. — GODWIN.

«NADA SE HACE CONTRA LA INJUSTICIA CERRANDO LOS OJOS A LA QUE NOS CIRCUNDA». — D.

EL

el valor de romperlo, como pocos, antes, habían tenido el valor de romper la calma. Era más peligroso intentar romper el silencio que intentar romper la calma había sido, y apenas nadie alzó la voz. Era de creer que el satírico afilaba sus saetas. Todo le ofrecía ya blanco seguro. Las miserias que había descubierto, con muchos, pero él en su aspecto más vulnerable, habían hundido el mundo en caos del que difícilmente saldría. Esperaban, esperaban, los que habían seguido sus ejercicios, el disparo de sus saetas como nunca certero.

Su país se había adelantado a salvarse de la tormenta, para caer en otra: hija aquélla, que jamás habría surgido sin aquella. No vio con buenos ojos el camino que su país tomaba. No había cerrado aún los ojos. Lo insinuó temeroso, sin usar su mejor arma, su única arma. Todas las miserias contra las cuales la había disparado se le aparecían allí, con distinta forma, pero las mismas. Le falló el valor, como antes muchos de los disparos. Hasta para repetir la insinuación.

Poco después, terminada la tormenta en todo el mundo, aunque dejando la atmósfera cargada para el estallido de otra, pudo de nuevo lanzarse a todos los caminos del mundo. Y encontrar, a donde quiera que llegaba, blancos para su sátira. A ninguno dejaba de disparar, con más destreza que antes, pero a ninguno daba, aun dando en él. No era ya arquero cuyo disparo valiera. El silencio sobre unas miserias quitaba fuerza al ataque contra otras. Ver unas y no otras era como si no viera ningunas. No hay sátira de lo ajeno sin la de lo propio igual a lo ajeno. Cae la burla sobre el burlador que no se burla de lo suyo que merece burla.

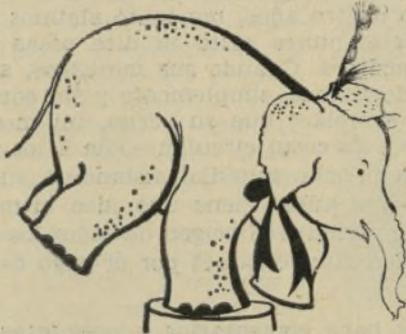
Era difícil, muy difícil la burla de lo suyo. No vencida esa dificultad, no arrostrada, no desafiado el peligro que arrostrarla suponía, sus ataques hacen sonreír, no enrojecer. Divertían, no herían. Nada decía que no fuera cierto, pero callar lo no menos cierto que allí donde venía sucedía, embotaba su crítica. Ni se juzgaba que fuera crítica. Podía el mundo por el criticado vivir tranquilo. Se le criticaba con vistas a sostener otro mundo no mejor. Nada se hace contra la injusticia cerrando los ojos a la que nos circunda. Denunciar el mal en la casa del prójimo y tender un velo sobre el que impera en nuestra casa, es sustentar el mal, no combatirlo. Todas las armas se vuelven contra el que así las usa. Sólo cuando te has lavado puedes llamar sucios a los demás. Con

por DENIS

BUFON

tus manos llenas de lodo, no es sátira a otros que no las tienen limpias, es bufonería: reírse de la joroba más pequeña, aunque sea más grande, que la propia.

Cuanto habían seguido paso a paso, la carrera del satírico, volvieron la mirada de él: él mismo había truncado su carrera. Salido de su país en muchas ocasiones, podía no haber vuelto. Y dirigirse, como a los otros, dardos bien afilados. Todos los que dirigía a los otros, sin modificación



alguna, habrían adquirido entonces valor muy alto: ninguno tenían ahora.

El temor cerraba su boca ante los blancos, innumerables, que su país ofrecía a la sátira. No era hombre para enfrentarse con el menor riesgo. Se le había llamado satírico sin que lo mereciera: por pruebas que ningún peligro entrañaban. Fácil tarea la agudeza ante el enemigo que te deja realizarla. Si la abandonas cuando el enemigo se opone, no habías nacido para ella. El satírico, usurpador ya de ese nombre, la seguía frente al enemigo que le dejaba realizarla, la abandonaba frente al enemigo que a ella se habría opuesto. Ni satírico, ni hombre. El silencio le habría salvado, hundiéndole en el olvido. No sabía callar. Ni tenía, al cabo, el talento de callar. Por dondequiera que pasaba dejaba tras sí manojos de bur-las. Sin punta, aunque algunas veces bien aguzada la punta. Todas; todas podían devolverse, y más que ningunas las de la punta bien aguzada. Para usarlas allí donde no las usaba. Para que hirieran, tanto como quería que hirieran aquí, allí. No herían, por no usarlas allí, aquí.

El temor, que no le dejaba al salir de su país, que le acompañaba por todas partes a donde iba, que le hacía volver a su país cuando de él salía, acabó por precipitarle en la bufonería total. Ya no guardaba silencio ante unas injusticias y se indignaba ante otras. Vana esta indignación por

aquel silencio. Ya prorrumpía en vejámenes de todo lo existente fuera de su país, y en alabanzas de todo lo en su país existente. Vejámenes que, con tanto fuego como sus sátiras primeras, quedaban ahogadas por la ceniza de las alabanzas: vulgares, vulgares: de redactor de anuncios. No otro parecía ya su destino: redactar prosa digna de aparecer, al día siguiente, en todas las esquinas. En elogio de cualquiera de los tiranuelos de su país, en elogio del que, como a los tiranuelos tenía a su país en las manos.

La tormenta para la cual la atmósfera había quedado cargada, al salir de la anterior, no tardó en estallar. El papel del país del satírico fue uno al principio, luego otro. Escogido el primero arrastrado el segundo. Las piruetas del satírico, ya hacía tiempo bufón, en defensa de aquél y de éste, mellaron las pocas armas que le quedaban. Con ellas melladas, continuó sus vejámenes y sus alabanzas. Era difícil distinguir, en aquéllos, una palabra que hiriera, aunque todas parecían hirientes. Era imposible encontrar, en éstas, una palabra de hombre. Querían aquéllos complacer al tirano, tendían éstas a halagarle. Se le llamaba bufón, desde que había dejado de llamarse satírico. Hasta los bufones habían rechazado su compañía. Jamás se había permitido una impertinencia, la verdad envuelta en una impertinencia, honor; en el deshonor, de los bufones. Y ahora menos que nunca.

Terminó la nueva tormenta, más asoladora que la precedente, y de nuevo la atmósfera quedó cargada para tormenta futura, que ya amenazaba con horrores apenas entrevistos. Otra vez el satírico, o el bufón, o el hombre hasta quien los bufones habrían despreciado se lanzó a los caminos del mundo, para él abiertos. En una ciudad, donde se le conocía, tropezó con alguien que le conocía, y que no le saludó. Se sintió ofendido. Corrió tras quien no le había saludado, le alcanzó, y le abordó:

— ¿No me recuerda usted?

Le miró el abordado, con mirada que a un hombre le habría ofendido mucho más que no ser saludado, y contestó:

— Sí, sí le recuerdo. Es usted quien no se recuerda de usted.

LA LIBERTAD

Vale más vivir en la anarquía, en la escasez, en la miseria, que disfrutar de todas las dichas materiales, de legalidad y de orden, pero sin libertad. Se está tanto más dispuesto a mantener esa fe cuanto que va unida a una viva esperanza de futuro bienestar. En tanto que sin libertad nada puede tenerse que sea verdaderamente bueno, se siente plena confianza en que bastaría con que la libertad fuera amada y mantenida para que todos los demás bienes fueran al fin logrados. — CECIL JANE.

El general...

visto por un periodista

UN periodista mejicano llamado Mario Monteforte Toledo, visitó España y como consecuencia de su viaje escribió un reportaje que publicó la revista « Siempre ». Por estimarla interesante, reproducimos a continuación la semblanza que del general... (1) ha trazado Monteforte:

Su vientre se ha inflado y sus cabellos encanecen y enrarecen; pero conserva la fisonomía de un hombre de cincuenta años y la mirada astuta del gallego que a los veinte se lanza a buscar fortuna.

Lleva una vida morigerada, casi austera. Nadie lo acusa de robar. A menudo se retrata con sus nietos en el ambiente de familia. Lee por las mañanas y se acuesta temprano. Su deporte es la cacería.

Es el político aldeano típico. Intriga, cabildea y nunca traduce lo que piensa. Carece por completo de principios en lo tocante a la vida pública; con la mano en la cintura renegó lo mismo del programa que había prometido a los españoles que de los amigos capaces de hacerle sombra.

Dionisio Ridruejo, que tan cerca estuvo de él durante cuatro años, me contó algunos rasgos de su carácter. Trata a sus subordinados con deferencia; nunca grita ni dice cosas desatempladas; sus reacciones son frías, subterráneas e implacables. Cuando sus ministros, a los que otorga bastante autonomía, adversan alguna de sus decisiones, simplemente y sin comentarios les somete los decretos a firma. Ríe poco; pero le complace que su yerno, un mequetrefe simpático que es marqués, le refiera los chistes que a su costa circulan. Odia a los norteamericanos, a quienes por haberse acobardado ante la presión mundial aislando a su gobierno, atribuye las penalidades que sufrió hasta hace pocos años. Tiene una idea brumosa de lo que es el comunismo; pero también lo odia porque le atribuye el origen de todos los males. Siempre admiró a Mussolini más que a Hitler, con quien tuvo choques por el pago de la ayuda que le brindó para derrocar a la república.

Nunca se sabe lo que ignora, que es bastante. Jamás hace comentarios o preguntas indiscretas. Conoce a fondo las debilidades y la idiosincrasia de su pueblo. Su inteligencia natural queda demostrada por la forma en que logró mantenerse hasta ahora sobre uno de los países más difíciles de la Tierra. También queda demostrada su crueldad; para defenderse no se detiene ante nada: lo mismo hace torturar que matar o perseguir hasta el exterminio.

Está convencido de que es una figura providencial y de que su buena suerte carece de límites. Uno a uno se han ido muriendo los generales que hubiesen podido empañar su prestigio: Mola, Sanjurjo, Queipo de Llano. Su último loteriazco es la guerra fría, de la que hoy arranca su prosperidad.

A nadie ha dejado crecer a su lado. Nunca habla de sucesión; cuando se le apremia, declara que España sigue siendo una monarquía, pero añade que seguirá «sacrificándose por su pueblo» mientras dure. Es imposible que ignore que el régimen entrará en proceso de rápida disolución apenas él falte; pero con nadie comenta esos temores. A las claras se siente de la estatura de Felipe II, de Carlos V, y en sus ratos desocupados, quizá a la altura de Dios.

No obstante el daño que ha hecho y que la historia agrandará hasta su tamaño real, los españoles lo admiran un poco, lo mismo que se admira a los políticos fabulosamente ladrones en los países donde cunde la subversión de los valores morales.

Quise hablar con él; pero me atajaron diciéndome que por ahora sólo hace declaraciones a los periodistas yanquis.

(1) Cuando Franco haya dejado de ser jefe del Estado, ya diremos de qué general se trata. (NDLR)—

En torno del juicio de un régimen

Fin del proceso Eichmann

No tardará en saberse la última decisión, si es que al publicarse estas líneas sigue ignorada aún. Ya se han cumplido todos los trámites: la acusación, la defensa, las pruebas, las conclusiones, el veredicto, la sentencia. Todo por sus pasos contados, desde el mes de marzo en que se abrieron las puertas de la Casa del Pueblo, de Jerusalén, transformada en audiencia, hasta hoy que, previamente exorcizada, habrá vuelto a su ser primitivo. Me cupo a mí aplacar mi curiosidad periódica asistiendo el pasado 10 de junio, en la 72 sesión del proceso, a uno de los innumerables episodios de esta dramática y exhaustiva requisitoria. Eichmann estaba allí, a pocos pasos de donde me encontraba yo, en su jaula de cristal tantas y tantas veces reproducida por los periódicos del mundo entero, con dos guardianes a derecha e izquierda, codo con codo, y un tercero fuera de la jaula propiamente dicha, que le servía de enlace con el doctor Servatius, su defensor. No sé por qué había supuesto en Eichmann una cierta actitud personal harto distinta frente a sus jueces de la que, en realidad, asumía aquella mañana. Le imaginaba entregado a la fatalidad de una decisión que apenas le era hacedero modificar, convicto y confeso de su genocidio en el que, cero más o menos, poco afectaría a la sentencia definitiva y, por consiguiente, un tanto ajeno y, hasta si es posible, fatigado del espectáculo del que era sujeto activo y pasivo a la vez.

Le contemplábamos, desde el salón en que se celebraba el juicio, unas quinientas o seiscientas personas. Media entrada, diría cualquiera de los empresarios amigos, cubicando con esa infalibilidad que depara el oficio la cuantía del billeteje vendido. Media entrada, sí, de un público heterogéneo en el que predominaba el sexo débil y que, como los espectadores de un combate de tenis, miraban sucesivamente ya a los juzgadores ya al juzgado. Este, sentado en el borde mismo de la silla, se aparecía ante mí con la ancha y desparramada frente, la inmensa calva sobre la que la cinta de los auriculares parecía formar parte ya de una especie de extraño tocado capilar, un si es no es abstraído, pero despertándose súbitamente cada cierto tiempo para garabatear unas palabras en

No sabiendo si es cinismo o sinceridad pero ante la necesidad de seguir de cerca las cosas de España, ofrecemos a nuestros lectores el texto siguiente que, publicado en un periódico del régimen nazista español, se comenta por sí solo. — N.D.L.R.



una cuartilla y mandárselas, por el mensajero, al doctor Servatius.

El fiscal discutía algunas cifras espeluznantes. La inmensa distancia que iba de unas a otras apenas si aumentaba su horror, porque, en realidad, lo mismo daba a la hora del crimen que los ejecutados hubiesen sido 750.000 —según un documento— o 1.750.000, según otros. Cualquiera de ambas eran suficientes para condenar al hombre responsable de ellas. ¿Lo era Eichmann, en efecto?

Yo llevaba mi idea preconcebida cuando entré en la sala del Juicio. Yo llevaba, sí, la idea de que Eichmann, el más monstruoso burócrata de la historia al servicio de un régimen siniestro, fue un organizador de una eficiencia a la vez satánica y genial. Ignoro los grados de su personal crueldad, de su cinismo, sin duda elevadísimo. Pero pienso también que es el hombre que, acaso sin haber dado una mala patada a nadie, ha asesinado a más gente con la máquina de escribir. En qué parte era un impasible e inhibido ejecutor de las órdenes de sus jefes y en qué parte un fanático convencido de su necesidad para el bien de su causa, esto se me escapa a mí que —sólo furtivamente— he echado una ojeada a las informaciones de la prensa, pero, al fin y a la postre, tal vez el elemento intencional resulte accesorio.

Aunque uno tiene bastante enmohecidas sus he-

ramientas profesionales y el doctor Servatius no causaba la impresión de necesitar consejos, es indudable que la única defensa posible era la de exaltar el burocratismo de Eichmann para convertir a éste en simple mandatario de instrucciones superiores. Así, todo, en cierto modo, podía explicarse. Sin salirnos del mundo de lo dantesco, la verdad es que el hombre al que se le da la orden de exterminar seis millones de seres y que por insensibilidad, por disciplina, o por sectarismo, lejos de rechazarla la secunda y cumplimenta con entusiasmo, ha de resolver problemas de tal envergadura que lo mismo pueden cargársele en la cuenta de su crueldad que en la de su eficacia.

Para matar seis millones de hombres es indispensable un método, una técnica que lo haga posible, sobre la base siempre de la rapidez y el ahorro de esfuerzos. Todos los sistemas conocidos de asesinar resultan pobres. Ni las pistolas, ni las ametralladoras, ni las bombas sirven de nada. Las cámaras de gas, sí. No sé si Eichmann fue su inventor o, simplemente, su padrino. Desde luego, sin las cámaras de gas Eichmann no hubiera podido ser Eichmann.

Lo que sigue a esa aterradora carnicería tiene cierta lógica macabra. Alguno de los testigos ha contado que formaba en el equipo encargado de extraer los dientes y las muelas de oro de los interfectos y eso, que nos estremece, los economistas del tercer Reich lo defienden diciendo que el valor del oro que se recogía era mucho y el oro era indispensable a los presupuestos de guerra. Desde ese punto de vista, si hacerse una cartera con la piel del ahorcado en la pequeña cárcel provincial de Z es condenable, desaprovechar los materiales para fabricar seis millones de carteras pudo parecer un despilfarro a los jerarcas nazis.

Eichmann es, por tanto, un resorte, nada más, de una maquinaria horrible en uno de cuyos extremos andaba Rossemberg con sus teorías sobre la pureza de las razas y en el otro, Hitler, que soñaba con

la exterminación de los judíos como la cumbre de su gloria política.

El doctor Servatius buceó a la busca de los mejores argumentos para su informe, pero todos estaban viciados, y a su defendido se le condenó a muerte.

Ahora se especula sobre la posibilidad de que sea o no indultado. Es indudable que lo que se hizo en Jerusalén no fue el proceso Eichmann, sino del régimen de Hitler y aún, si se me apura mucho, el de las milenarias persecuciones de la raza judía que siempre han encontrado, a lo largo de la Historia, propulsores entusiastas.

Eichmann ocupa el puesto que merecían, por derecho propio, ya Martín Borman, ya Himmler o el Führer y esta circunstancia, que en nada atenúa la aberración que nos inspira su conducta, hace que le veamos más que como una persona física, como un símbolo. Si las tornas hubieran sido distintas, Eichmann, convertido en decano del Cuerpo Oficial de Exterminadores del Tercer Reich, habría explicado, frente a los aspirantes a ingreso, el éxito de los métodos con los que había batido todos los «records» de la destrucción. Aniquilar diez mil víctimas en 45 minutos sólo es posible, en efecto, con una técnica muy a punto y un singular talento organizador. Esto, gracias a Dios, no le será premiado ni ascendiéndole ni condecorándole, como lo hubiese sido —y sin duda lo fue ya— antes de la destrucción de la Cancillería, sino con la horca o la cadena a perpetuidad.

Israel, notorio es, se ha servido de Eichmann no tanto para aplicarle una ley rigurosa como para convertirle en reverberador de un cúmulo de atrocidades a cuya execración se invita a toda la conciencia universal. Por todo ello, el indulto o la ejecución de Eichmann es ya, a estas horas, un accidente que apenas si preocupa a alguien más que al propio interesado.

Joaquín CALVO-SOTELO
de la Real Academia Española

Esa

mujer

En el borde de un limón
color de angustia partida
pasea tu corazón,
mujerzuela de la vida.
Tu música patalea
con disgusto sobre el pecho.
Alguien llora sobre un lecho
mientras la noche pasea
por el viejo callejón.
Mujer: ¡me duele el jaleo
de tu risa de guadaña,
en tus ojos rotos veo
que hace su encaje una araña!
Y yo tengo que sentirte
como puñal entre venas
cuando vienes, por las buenas,
pretendiéndome, a morirte
en lo hondo de mi guarida.
Y tú, que no tienes vida,
ni muerte acaso, muchacha,

sabes que se deshilacha
tu sangre, como tu pelo.
¿Nadie ta habló a tí del cielo
para curarte esa herida?
¿Nadie asaltó tu aposento
a llevarte un ruiseñor?
¿Nadie te habló a tí de amor
bajo las alas del viento?
Tus ojos ven de violeta
el blanco de mis pupilas,
y los nardos y las lilas
los ves del mismo color.
Hay en tu alma una grieta
y en tu espíritu una flauta
que sopla la boca incauta
del miserable dolor.
En el umbral del delirio,
por tí misma perseguida,
tú no puedes ser mi lirio,
mujercita de la vida.

ABARRATEGUI

Folleton de CENIT

El pensamiento anarquista

ORIGENES Y PROCESO

La afirmación de Michelet de que la Historia comienza siendo Geografía la retoca Eliseo Reclús y le da un ligero cambio al presentarnos la Geografía como una ciencia que se vuelve gradualmente Historia por la reacción del hombre sobre el hombre, quien obliga, a medida que se siente cada vez más seguro de su fuerza, a que todas las ciencias converjan hacia esta misma Historia, que es, en definitiva, la biografía de la humanidad desde sus más remotos orígenes.

Para encontrar los orígenes del anarquismo tendríamos que zambullirnos también hasta dar con los primeros capítulos de la historia de la humanidad porque el ser humano tiene el sentimiento de la libertad adherido desde siempre y el anarquismo, de acuerdo con su etimología y sus teóricos, es la concepción de un régimen social que niega el Estado y la Autoridad, implicando, precisamente, el máximo de libertad.

Este sentimiento inherente en el ser humano es lo que tratan de dramatizar los existencialistas como Kierkegaard y Sartre y el propio Ortega y Gasset cuando dicen que **el hombre está condenado a ser libre**, afirmación que arranca del propio Génesis en el momento en que la primera pareja opta por la libertad al desobedecer a Jehová y tomar los frutos del Arbol de la Ciencia del Bien y del Mal.

La negación del Anarquismo, pues, no se plantea, y los sociólogos arquistas pueden colocarlo en el campo de la utopía o la entelequia, pero no pueden ignorarlo ni desconocerlo. La discusión y la polémica sobre el anarquismo se basa, no en su negación, sino en las posibilidades de realización que como régimen social presenta.

A la pregunta que se hacen los seres humanos, ¿puede el hombre vivir sin la presencia del Estado y de la Autoridad?, la contestan los anarquistas afirmativamente. Afirmativamente y en el más optimista de los términos, descartando la tendencia pesimista de los filósofos arriba mencionados, puesta de manifiesto por el fatalismo que encierra el vocablo «condenado» a ser libre.

Para el anarquista, el alcance de su ideal es una lucha y no una condena, una lucha que, como señalamos anteriormente, se confunde con los albores del ser humano en la historia y que a lo largo de la misma ha ido plantando jalones impercederos.

Sería pretensión vana calificar de anarquistas a cuantos rebeldes ofrecen el mito, la leyenda

y la historia. El anarquismo, el régimen social así denominado, no irrumpe en la palestra de las ideas revolucionarias sino a partir de Pedro José Proudhon, quien en el último capítulo de su libro **¿Qué es la propiedad?**, puesto a la venta en París el 30 de junio de 1940, inserta el siguiente diálogo:

«—¿Cuál se la forma de gobierno que vamos a preferir?

—¡Eh! ¿Y usted puede pedirlo?—responde sin duda uno de mis más jóvenes lectores—. Usted es republicano.

—Republicano, sí, pero esta palabra no precisa nada. **Res pública**, es la cosa pública; ahora bien, quienquiera que desee la cosa pública; bajo no importa qué forma de gobierno, puede decirse republicano. Hasta los reyes son republicanos.

—Bueno, entonces usted es demócrata.

—No.

—¿Cómo, sería acaso monárquico?

—No.

—¿Constitucional?

—Dios me guarde.

—¿Es usted, entonces, aristócrata?

—Absolutamente no.

—¿Quiere usted un gobierno mixto?

—Menos aún.

—¿Qué es usted, en definitiva?

—Soy anarquista.» (1)

Con todo, la heroicidad de Proudhon no habría tenido grandes repercusiones en lo que a la adopción del nombre «anarquista» se refiere si no hubiera sido por el giro que tomaron los debates de la Primera Internacional de Trabajadores, particularmente después del Congreso que tuvo la Asociación en Ginebra en 1866, en los que Marx y los suyos emplearon el vocablo «anarquista» en forma peyorativa contra James Guillaume y los bakuninianos, lo que fue motivo para que éstos se abrazaran al adjetivo con el mayor fervor y entusiasmo, desvirtuando en tal manera la intención de desprestigio emprendida por aquéllos.

Anterior a Proudhon, sólo William Godwin utiliza la palabra anarquía en la acepción correcta, pero con timidez manifiesta, bien que su obra **An enquiry concerning political justice and its influence on general virtue and happiness** (1793) es considerada como el punto de partida del anarquismo como doctrina social. En ella afirma God-

(1). — P. J. Proudhon. — « Œuvres Complètes » (Qu'est-ce que la Propriété). — Marcel Rivière. — Paris. — 1926. — pág. 335.

win que «el anarquismo es un mal efímero, el despotismo es casi inmortal».

Sobre Godwin y los precursores del siglo XVIII insistiremos más tarde, cuando hayamos remontado suficientemente la historia para alcanzar la idea anarquista como doctrina social tal cual la vemos incorporarse en la sociología moderna a partir de Godwin, Meslier y, sobre todo, Proudhon.

Anteriormente al siglo XVIII, el historiador debe efectuar un desbroce lo más objetivo posible, pero con escasos puntos de apoyo y basándose en los atisbos de libertad individual y rebeldía frente a la opresión.

De lo empírico de tal proceder nos dispensará el propio Azorin, que también fué anarquizante en sus años mozos, cuando afirma que la historia es arte de quiromancia.

Empero es innegable que en el escudriñar del pasado se hallarán numerosos hechos que, al reunirse, forman los fundamentos del anarquismo en su fase histórica, ética, filosófica y económica.

Escritores anarquistas como George Woodcock, Alain Sergent y Claude Harmel consideran que es obstaculizar la verdadera búsqueda del origen de la doctrina anarquista el remontar tan hacia el pasado el escarceo de los hechos de sello anarquista o libertario, mientras que, por el contrario, Kropotkin, Max Nettlau y Rudolf Rocker, entre otros, estiman necesario ir al encuentro de los primeros atisbos humanos en la tierra para demostrar que en el hombre anida el sentimiento de libertad desde que hace acto de presencia en el mundo y que, junto a este sentimiento inherente se sitúa otro tan remoto y tan fuerte como el de la libertad mismo: el de la equidad, sentimientos, ambos, que se consideran como puntos de apoyo básicos para el ideal anarquista.

Estos mismos pensadores, en particular modo Kropotkin, que dedicó gran parte de sus estudios en los orígenes de la sociabilidad y la ayuda mutua entre los humanos, añade un tercer punto de apoyo de tanta trascendencia como los dos citados, que es el de la solidaridad y el apoyo mutuo, surgiendo una primera discrepancia frente a Rousseau y Hobbes, quienes posponen la sociabilidad a un pacto o contrato social que los hombres contraen, violentando, inclusive, la propia naturaleza humana, según los autores de *El contrato social* y *El Leviatán*.

Los puntos de apoyo, pues, de los que arranca el anarquismo son: libertad, equidad y solidaridad, que, como los tres colores básicos, permiten, al combinarse, toda la gama de manifestaciones sociales que el pensamiento libertario puede suscribir.

La desobediencia, que no es sino una manifestación militante de la libertad, aparece, por ejemplo, en los umbrales de la religión y la mitología y el propio Bakunin manifestó repetidas veces su simpatía hacia Lucifer por considerarlo el desobediente más descollante del Viejo Testamento. El paralelo de Lucifer—que significa «portador de la luz»—lo encontramos en la mitología griega con la rebelión de los Titanes con Cronos al frente y, sobre todo, en Prometeo, defensor del hombre frente a

Zeus y mártir del paganismo helénico por haber querido ofrecer a los humanos el fuego.

Todas las religiones tienen su rebeldes y sus desobedientes. Apap en la egipcia, Hel y Loki entre los mitos teutónicos, Ahi y Shiva en el hinduismo, Ahriman en el zoroastrismo, rebeldía y desobediencia que casi siempre implica un sinónimo de maldad conforme trata de inculcarlo el exégeta a través de las edades.

Sin embargo, y a pesar del apoyo oficial del sacerdote en contra de la desobediencia, los mortales guardamos, en lo más hondo de nuestro ser, una gran admiración para algunos de estos rebeldes que no se han podido incrustar en la historia y nuestra simpatía, por ejemplo, se vuelca más decididamente en favor de un Prometeo, valiente, temerario y suicida, finalmente vencido y condenado, que no en favor del Zeus omnipotente. Y ello es debido a que el hombre ve en el hijo de Japeto la manifestación de la libertad al rebelarse contra Zeus, la de la equidad al querer que los humanos compartan el fuego con los dioses y la de la solidaridad al apoyar a los débiles frente a la tiranía del Olimpo.

Fuera de la consagración mítica y religiosa y forcejeando para irrumpir en la historia están los personajes de leyenda. Así vemos cómo precediendo a las tabletas sumerias que significan el primer capítulo escrito en la historia del hombre, se proyecta uno de los primeros rebeldes humanos: Kaueh, herrero de profesión y padre de dieciocho hijos. Ya las serpientes del rey Zohak habían trepanado los cráneos y comido el cerebro de diecisiete y se aprestaban a terminar con el último de los hijos de Kaueh cuando éste, esgrimiendo el mandil como estandarte atado en la punta a una pértiga, arrastró detrás de sí a otros compañeros de trabajo blandiendo toda clase de herramientas, obligando al feroz Zohak a escapar y refugiarse en las vertientes del Demavend, cerca del Teherán actual, donde el héroe legendario persa Feridum lo ajustició (2).

Todas las literaturas del mundo hablan de la Edad de Oro en la que reinaba la igualdad y el bien. En la que no existía la opresión y en la que los humanos se esmeraban en ser buenos y solidarios. Cervantes la pone en boca de Don Quijote cuando éste se dirige a los humildes cabreros con los que compartiera, con pan y bellotas, una de las mejores escenas de su libro inmortal: «Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron el nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces, los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de «tuyo» y «mío». Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes...»

Hay una añoranza en el hombre que desea regresar a la comunidad de la Edad de Oro en la que hasta ciertos animales tenían participación y podían expresarse inclusive en el idioma humano. Las

(2). — Citado por Eliseo Reclus. — «L'Homme et la Terre». — Vol. 1. — Pág. 415. — Librairie Universelle. — Paris. — 1905.

fábulas de La Fontaine, de nuestros Iriarte y Samaniego, las de Esopo, todas ellas ramificadas en mayor o menor grado con el inagotable Panchatranta indostánico, significan esta añoranza.

La literatura cristiana se remite continuamente a puntos de partida de igualdad social, puntos de partida de leyenda, pero que, llegado el momento, hacen irrupción en la historia a través de los Ese-nios.

Las tabletas sumerias que copiara Samuel Noah Kramer (3) en el Museo de Antigüedades Orientales de Estambul conteniendo el poema «Emmerkar y el Señor de Aratta» son las primeras en hablar de la Edad de Oro:

«En otro tiempo, hubo una época en que no ha-
[bía serpiente ni había escorpión,
No había hiena, no había león;
No había perro salvaje ni lobo;
No había miedo ni terror:
El hombre no tenía rival.»

Y no son las únicas tabletas de arcilla que añoran la Edad de Oro. El mismo Kramer menciona el poema «Enki y Ninhursag», contenido en una tableta propiedad del Museo de la Universidad de Filadelfia:

«En Dilmun, el cuervo no da su graznido,
El pájaro-ittidu no da el grito del pájaro-ittidu,
El león no mata,
El lobo no se apodera del cordero. Desconocido es el
[perro salvaje devorador de cabritos.
Desconocido es el ..., devorador de granos.

Aquel que tiene mal en los ojos no dice:

«Tengo mal en los ojos»;

Aquel que tiene mal en la cabeza no dice:

«Tengo mal en la cabeza»;

La vieja no dice: «Soy un vieja»;

El viejo no dice: «Soy un viejo».

Aquel que atraviesa el río no dice:

A su alrededor no dan vueltas los sacerdotes sumi-
[dos en llanto,

El cantor no suelta ningún lamento,

Alrededor de la ciudad no pronuncia ninguna en-
[decha» (4).

En Lagash, la diosa suprema era Nanshe, que no toleraba la injusticia ni que se ocultara verdad. Las tabletas descubiertas en Lippur lo prueban; Nanshe era:

«La que conoce la opresión del hombre por el
[hombre,

La que es la madre del huérfano.

Nanshe se cuida de la viuda. Hace que se adminis-
[tre justicia al más pobre.

Ella es la reina que atrae al refugiado a su regazo,
Y la que encuentra un refugio para el débil.»

Más adelante se descifra:

«Para consolar al huérfano y hacer que no haya
[más viudad,

Para preparar un lugar donde serán destruidos los
[poderosos,

Para entregar los poderosos a los débiles...

Nanshe esfruta el corazón de las personas» (5).

En Egipto, y con pocos años de diferencia frente a las tablitas sumerias, se escriben estos versos en ataúdes elaborados hace 4.200 años:

«Te relato las cuatro buenas acciones hechas por
[mi propio corazón...

Para acallar el mal. Hice cuatro cosas buenas en
[el vestíbulo del horizonte.

Hice los cuatro vientos para que todo hombre pueda
[respirar

como todo el prójimo de su tiempo.

Esta es la primera de las acciones.

Hice la gran inundación para que el pobre tenga

[derechos sobre ella lo mismo que el poderoso.

Esta es la segunda de las acciones.

Hice a cada hombre semejante a su prójimo.

No les mandé que hicieran el mal, sino que fueron

[sus corazones los que violaron lo que yo dije.

Esta es la tercera de las acciones.

Hice que los corazones dejasen de olvidar... oeste,

[para que puedan ser hechas las divinas ofren-

[das a los dioses de las provincias.

Esta es la cuarta de las acciones» (6).

La equidad está manifestada en la primera y en la segunda acción y en la tercera, donde el hombre es igual al hombre, el principio de igualdad queda establecido.

El interés de la historia emigrando de la Mesopotamia al Nilo nos coloca en otras latitudes, pero frente al mismo ser humano deseoso de justicia y equidad social. Y así pasamos al terreno de la historia. La leyenda quedará en manos de los utopistas y de los que no quieren narrar hechos, sino crearlos, como Platón y Rabelais, Hipodamos y Tomás Moro, Bacón y Campanella.

Es en Egipto en donde tiene lugar la primera huelga que registra la historia. En el más despótico de los imperios donde los engranajes de la máquina estatal no pueden registrar un fallo, se rebelan los esclavos y los trabajadores. El célebre papiro de Turin precisa que la huelga tuvo lugar en el año 1170 antes de nuestra era y fué motivada por la penuria de víveres y el retraso en el pago de los salarios. A mediados de noviembre el retraso era de dos meses:

«Año 29, segundo mes de la segunda estación, día 10. Este día el bando cruzó las cinco paredes de la necrópolis, gritando: ¡Tenemos hambre!..., y se sentaron a espaldas del templo.» John A. Wilson, que es quien nos ayuda a seguir los detalles de este interesante acontecimiento social (7), precisa que el templo era el de Tutmosis III. Tres interventores y sus ayudantes fueron a instarlos a que volviesen al recinto de la necrópolis e «hicieron

(5). — Kramer. — Op. cit. 155.

(6). — J. H. Breasted. — «Dawn of Conscience». — Citado por B. Cano Ruiz.

(7). — John A. Wilson. — «La Cultura Egipcia». — Fondo de Cultura Económica. — México. — 1953. — Páginas 391 y 392.

(3). — Samuel Noah Kramer. — «La Historia empieza en Sumer». — Aymá. — Barcelona. — 1958. — Página 169.

(4). — Kramer. — Op. cit. 199.

grandes promesas... **Podéis venir, porque tenemos la promesa del Faraón (Ramsés III)**. Sin embargo, no era bastante una promesa en nombre del rey, pues los huelguistas pasaron el día acampados detrás del templo, y no volvieron a sus habitaciones de la necrópolis hasta que se hizo de noche.

Añade John A. Wilson: «Volvieron a salir el segundo día, y en el tercero se atrevieron a invadir el Rameseum, recinto sagrado que rodeaba el templo funerario de Ramsés II. Precipitadamente huieron los contadores, los porteros y los policías. Un jefe de éstos prometió enviar por el alcalde de Tebas, qui, discretamente, no se había dejado ver. La turbamulta estaba resuelta, pero en orden, y la invasión del recinto sagrado parece que fué más eficaz que la actitud anterior. Los funcionarios dieron oídos a su protesta: «Hemos llegado a este lugar por causa del hambre y de la sed, por la falta de ropa, de pescado, de hortalizas. Escribidsele al Faraón, nuestro buen señor, y escribidsele al visir, nuestro superior. ¡Haced de modo que podamos vivir!» El tesoro real se abrió, y se les entregaron las raciones del mes anterior.»

La actitud de los trabajadores no cesó y la huelga duró ocho días, al final de los cuales también fueron entregadas las raciones del mes. Dos semanas más tarde, al faltar la paga del primero de mes, los trabajadores abandonaron de nuevo el trabajo. El Papiro de Turín no explica cómo quedó la situación y hay que remitirse al diario de la obra de la necrópolis, llevado por un escriba de Ramsés IX, o sea cuarenta años después. Parece ser que los trabajadores estuvieron ociosos durante muchos días. El diario precisa que cuatro años más tarde hubieron más protestas.

A medida que la historia va incorporando nuevos pueblos a sus páginas, vemos despuntar estos sentimientos manumisores cada vez que el cedazo del cronista lo permite. «En Judea—dice A. Hamon—, desde el siglo IX (o. de J.C.) se presentan casi diariamente ante el pueblo nuevos profetas que predicán la igualdad social. Primero es Amós, después Isai; más adelante les siguen los salmistas, después los pobres (ebionim), los cuales son sus discípulos y beben las palabras inflamadas de estos profetas israelitas, que, según expresión de Renán, **son fogosos publicistas que hoy designaríamos con el nombre de anarquistas o socialistas**» (8).

En el Extremo Oriente, y en el seno de la civilización china, una de las seis que Toynbee estima como de nacimiento y desarrollo completamente independiente y sin influencias externas, durante la dinastía de los Chou (1027-256 antes de nuestra era), se había establecido un sistema agrario que pone muy de realce el sentimiento de igualdad y el de solidaridad entre los coterráneos de Lao Tsé y

(8). -- A. Hamon. -- «La Revolución a través de los siglos». -- Tor. -- Buenos Aires. -- 1945. -- Pág. 20.

Confucio. Es el sistema conocido como el del «pozo», así llamado porque el parcelamiento, de nueve lotes cada vez, tomaba la forma del viejo signo ideográfico chino con el que se identificaba la palabra **pozo**, consistente en dos líneas paralelas horizontales cruzadas por otras dos paralelas verticales:

Este trazado dividía un cuadrado de novecientos «mou» (60 hectáreas) en nueve partes iguales de cien «mou» cada una. Los ocho lotes periféricos eran distribuidos a las familias, una por lote, y el del centro pasaba a la colectividad y era llamado «campo público», siendo cultivado, por rotación, por cada una de las familias que integraban el conjunto de los ocho lotes. Su producto era destinado a los ancianos, ceremonias religiosas, viudas, huérfanos y personas desvalidas, lo que nos lleva, por asociación de ideas, al «ayllu» del incario y al «caupulli» del Anahuac, donde un sistema parecido (9) también había existido con anterioridad al impacto español en América.

Fué precisamente en la dinastía de los Chou cuando Confucio coloca la Edad del Oro del gran país del Yangtsé y del Huang ho. Fué durante esta dinastía cuando el pensamiento filosófico chino, con los dos colosos Confucio y Lao Tsé, como iniciadores. Pensamiento, el de ambos filósofos, que da enjundia a la doctrina libertaria al extremo que Lin yu Tang no titubea en señalar: «Yo caracterizaría las ideas confucianas, en su parte política, como anarquismo estricto, en que la cultura del pueblo, haciendo el gobierno innecesario, se transforma en un ideal. Si se pregunta por qué los moradores de Chinatown, en Nueva York, no han tenido nunca necesidad de policía, la respuesta es: Confucianismo. Nunca existió policía en China durante cuatro mil años. El pueblo había aprendido a regular sus vidas socialmente, y a no confiar en la ley. La ley era el refugio de los pícaros» (La sabiduría china).

Y, sin embargo, el más anarquista del binomio Confucio-Lao Tsé era el segundo y no el primero. Lo afirma L. Carrington Goodrich al citar en su **Historia del pueblo chino**: «El anarquista Lao Tsé...» Lo sostiene Arthur Waley: «La doctrina de no gobierno (expuesta por Lao Tsé), del principio de éste y otros pasajes similares en otros libros taoístas —se refiere, sin duda, a los escritos de Chuang Tsé, discípulo de Lao Tsé, principalmente, ya que de Lao Tsé sólo se conoce un libro «Tao te Ching»— ha sido comparada a menudo con el anarquismo moderno» (10).

(9). -- El sistema agrario incaico establecía una parte — una cuarta parte según Eliseo Reclus y una tercera parte según Louis Boudin — que la comunidad debía roturar, sembrar y cosechar en provecho exclusivo de las viudas, huérfanos, ancianos, etc.

(10). -- Arthur Waley. -- «Three Ways of Thought in Ancient China». -- Pág. — 105. -- George Allen & Unwin. -- Londres. -- 1953.

POETAS DE AYER Y DE HOY

Romance de la venganza

Cazador alto y tan bello
Como en la tierra no hay dos
Se fue de caza una tarde
Por los montes del Señor.

Seguro llevaba el paso,
Listo el plomo, el corazón
Repicando, la cabeza
Erguida y dulce la voz.

Bajo el oro de la tarde
Tanto el cazador cazó,
Que finas lágrimas rojas
Se puso a llorar el sol..

Cuando volvía cantando
Suavemente a media voz
Desde un árbol, enroscada,
Una serpiente lo vió.

Iba a vengar a las aves,
Mas, tremendo, el cazador
Con hoja de firme acero
La cabeza le cortó.

Pero aguardándolo estaba
A muy pocos pasos yo...
Le ató con mi cabellera
Y dominé su furor.

Ya maniatado le dije:
—Pájaros matasteis vos,
Y voy a tomar venganza
Ahora que mío sois..

Mas no lo maté con armas,
Busqué una muerte peor:
Lo besé tan dulcemente
Que le partí el corazón.

ENVIO

Cazador: si vas de caza
Por los montes del señor,
Teme que pájaros venguen
Hondas heridas de amor.

Alfonsina STORNI

Bajo el signo de ESTUDIO Y RECREO

CENIT ofrece a sus lectores las obras siguientes:

MAS DE 100 TITULOS

« La amargura de la Patagonia », R. Darío	7 50
« La antorcha apagada », E. Zamacois	7 00
« La cuestión sexual », Forel » (tres tomos)	16 50
« La damita de la casa grande », J. London	6 00
« La Tierra », E. Zola (dos tomos)	2 40
« La torre de Nesle », Zevaco	1 80
« La tragedia de una vida », Zweig	1 20
« La guerra de dos mundos », Wells	1 20
« Fulgarcito »	1 80
« Romeo y Julieta », Shakespeare	1 20
« Siempre adelante », S. Marde	1 20
« Sinfonía Infinita » V. Marcos	2 90
« Viajes de Gulliver », J. Swift	1 80
« La importancia de llamarse Ernesto », O. Wiede ..	1 20
« La impotencia en el hombre », Stekel	3 00
« La incógnita de Indoamérica », V. García	0 80
« La incorporación de las masas », J. González ..	4 50
« La inteligencia de las flores », Maeterlinck	4 00
« La Internacional de los Trabajadores », Guillaume ..	0 50
« La ira », Séneca	1 40
« La isla del tesoro », Stevenson	1 80
« La campana de Aladino »	1 80
« La lámpara que no ardió », R. Mall	3 50
« La ley del número », R. Mella	0 50
« La lucha por el éxito », J. Salas	0 00
« La lucha por el pan », Rocker	1 60
« La Molinera », A. Casona	4 50
« La muchacha del Ideal », P. Mata	1 50
« La muerte del Cóndor », Vargas Vila	3 00
« La noche de San Bartolomé », Duterral	1 80
« La Odisea », Homero	2 00
« La panadera », X. de Montepín	2 00
« La primera República », Galdós	1 50
« La Princesita »	1 50
« La religión en el origen del capitalismo », Tawny ..	8 00
« La Reliquia », Queiroz	1 20
« La Revolución a través de los siglos », Hamón ..	1 50
« La Revolución de Jilío », Galdós	1 50
« La Revolución húngara », (varios)	2 00
« Las águilas se reúnen », T. Daldiwel	8 40
« Las amistades de Mirón », Relgis	4 50
« Las bases físicas de la personalidad », Mottran ..	2 80
« La religión y la cuestión social », F. Montseny ..	0 30
« Las cien mejores poesías », Menéndez y Pelayo ..	1 70
« Las clases sociales en el Uruguay », C. Rama	15 00
« Las danzas de S. Bahay », V. Baum	6 00
« Las doctrinas de Anechino », J. Ingenieros	4 50
« Las dos hermanas », Zweig	5 00
« Las églogas », Garcilaso	2 50
« La segunda casaca », Galdós	1 50

MAS DE 80 AUTORES

« Las estrellas miran », Crokin	8 40
« Las inquietudes de Shanti », Baroja	1 70
« La Sión hispánica », J. Peirats	0 80
« La sirena negra », P. Bazán	2 80
« Laski y el gobierno », Harold	1 50
« Las máscaras », R. Pérez	3 80
« Las mil y una noches »	1 80
« Las minas del rey Salomón », Rider	1 20
« Las moradas », S. Teresa	1 20
« Las personas decentes », P. Mata	1 20
« Las raíces », E. Zamacois	2 25
« Las siete grandes religiones », A. Besant	8 00
« Las tormentas del 43 », Galdós	1 50
« La sublevación de Varsovia », B. Mark	3 50
« La suerte está echada », J.-P. Sartre	12 00
« ¿Se constituye el socialismo en URSS? », Lante ..	1 00
« Vaso de guerra », Bazal	3 50
« El proceso de M. Dugan », Wolff	1 40
« El retrato de D. Gray », Wilde	2 50
« El sentido común », Tashi	6 00
« El socialismo libertario », Souchy	2 00
« El soldadito de plomo »,	1 20
« El tamborcito valiente »,	1 20
« El temor sexual », Hirsch	5 50
« El terror de 1324 », Galdós	1 20
« En torno a nuestros objetivos », Santillán	0 50
« Entre campesinos », Malatesta	1 00
« En un lugar de los Andes », Relgis	2 00
« Epistolario », Queiroz	2 50
« España sin rey », Galdós	1 20
« Estudios literarios », F. Marcos	3 00
« Eugenia Grandet », Balzac	1 50
« Facundo », Sarmiento	2 50
« Familia sin nombre », Verne	2 50
« Filosofía y ciencia », (Varios)	2 50
« Ganarás el pan », P. Mata	1 20
« Gerona », Galdós	1 20
« Gramática de la Lengua », Bello y Cuervo	2 50
« Graziella », Lamartine	2 20
« Guatemala en el año 2.000 », Johnson (1er tomo) ..	3 50
« Idem, idem, idem, (2º tomo)	3 50
« Guía de pecadores », Fray Luis de Granada	3 50
« Hansel y Gretes », C. D.	1 20
« Humo », Turguenief	2 50
« Irresponsables », P. Mata	1 40
« J.-Jacques Rousseau », Faguet	5 00
« Jesucristo nunca ha existido », Bossi	5 00
« J. Cely », Lamartine	2 50
« Juan Martín el Empecinado », Galdós	1 20
« La alegría del capitán », Palacio	1 80

Pedidos a M. CELMA (S. L.) 4, Rue Belfort 2^{ème} - Toulouse (H.-G.)